Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII — San José, Costa Rica — **1931** — Sábado 17 de Enero — Núm. 3

Año XII. No. 523

SUMARIO

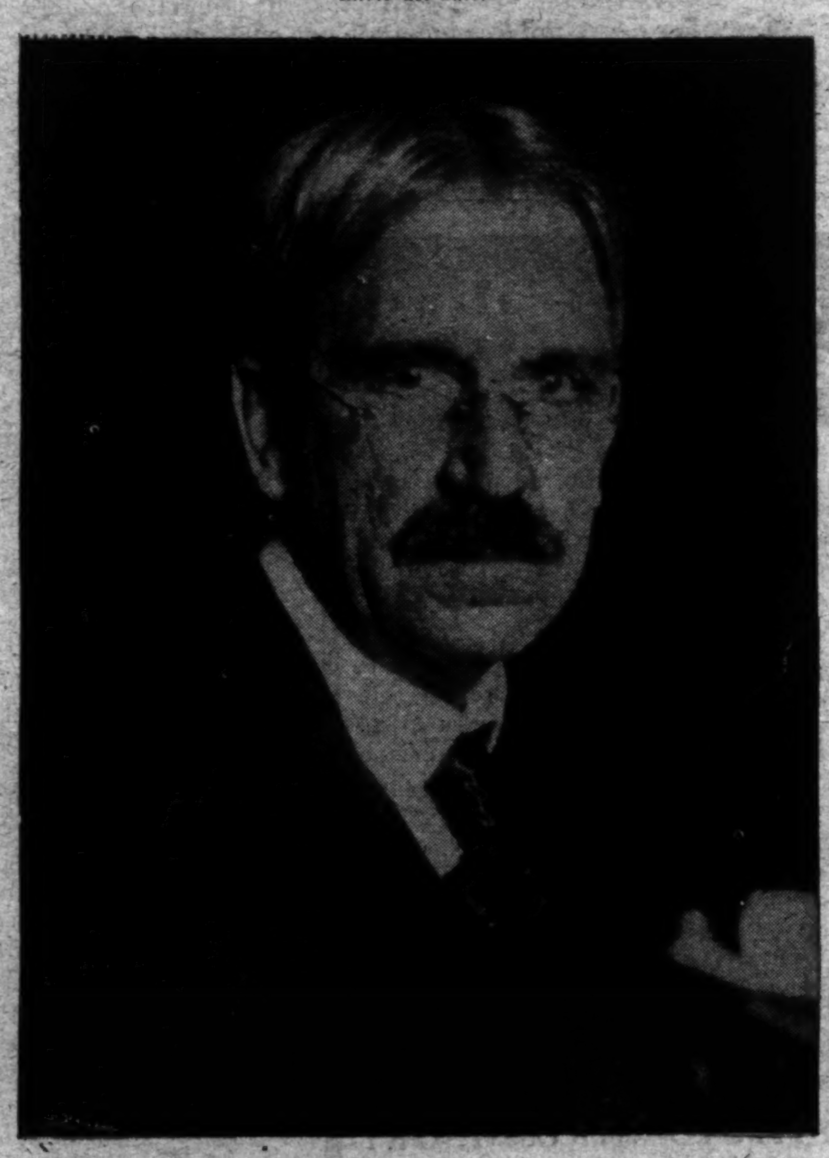
Carta a John Dewey

=*Envío del autor*=

Nosotros sostenemos el Gobierno de Machado en el control de Cuba mediante la amenaza de usar de las fuerzas armadas. Debíamos haber aprendido, con la expulsión de nuestra misión militar en el Brasil, después de la derrota de la administración para la que embarcamos armas, y de la primera elección sin control en Haití—en que se nos dijo cómo debíamos irnos y mantenernos alejados de los asuntos de aquel país—debíamos haber aprendido, decimos, que el mantenimiento de gobiernos nominales desentendidos de la voluntad pública, para obedecer los dictados de Wall Street, mediante una interpretación amañada de la doctrina de Monroe, no es misión propia de las fuerzas armadas de los Estados Unidos.

John Dewey

(En Carta al Presidente Hoover, a nombre del People's Lobby. *«New York Times», 23 de Noviembre de 1930.)*



John Dewey

Muy admirado Mr. Dewey:

Leo, en la obligada reclusión a que me reduce la violencia del Gobierno de mi país, su interesantísima carta al Presidente Hoover en relación con el empréstito de cuarenta y dos millones de dólares que los banqueros de Wall Street se disponen a concertar con el General Machado para hacer viable el plan azucarero de Mr. Chadbourne. Mis ansias sangrantes por el mañana de mi tierra me impulsan a referirme a sus afirmaciones como Presidente del *People's Lobby* de New York. Sirva nuestra común condición de universitarios—aun en la larga distancia que nos categoriza—de campo de entendimiento donde la sinceridad no tropiece sino con la más plena tolerancia.

Su carta a Mr. Hoover mira, preferentemente, al interés del consumidor norteamericano, cuyo presupuesto doméstico se encarece notablemente con la vigencia del *Plan Chadbourne.* Ud. defiende, con sobra de razón y de justicia, la salud de un pueblo contra la garra de un pequeño grupo de capitalistas yanquis y cubanos. Cumple Ud. un deber y se coloca—parcialmente—en la zona de simpatía de los que creen que el capitalismo—organización cainita—nació con instinto fratricida y que, sin necesidad de aventureros neoyorquinos y dictadores cubanos, el ejército de magnates de Wall Street, se decide cada mañana a concitar la tragedia sobre millares de cubanos y estadunidenses. Más que como jefe del *People's Lobby* y pidiendo justicia en un caso monstruoso, pero no esporádico, quisiera yo verlo desde aquí, representante de una nueva conciencia norteamericana, exigiendo—con la inigualable autoridad de su mente y de su vida—el término de uno de los estados más abominables de la historia del hombre. «Ud. no ignora—dice Ud. al Presidente Hoover—que la prosperidad que gozamos ha sumido en la indigencia a una sexta parte de la familia americana». Si tuviera Ud. que fijar qué cantidad de ciudadanos de la Unión *gozan la prosperidad* buscada por tan inhumanos caminos, haría una nueva carta en que diría Ud. cómo un gran país se desangra dolorosamente por obra de unos cuantos hermanos de Mr. Thomas Chadbourne.

Pero, acaso pida yo demasiado. Toda energía, aún la más libre y alta, sale de cada hombre teñida implacablemente de la realidad colectiva que lo cerca y ya es mucho, para un cubano, ver que norteamericanos de su estatura moral miran hacia nuestros países conturbados—al pedir justicia para el suyo—con ánimo honrado y claridad de conciencia. Si los que orientan las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba fueran hombres de su rango, podríamos fiar en un acuerdo que dejara espacio a las mejores capacidades cubanas y trabajar juntos en la guerra contra los que aquí y allá tasan el azúcar del desayuno de sus compatriotas.

Como una vez cada generación llega a las Antillas una voz de honestidad insospechable, puede Ud. colegir hasta donde es fundado nuestro recelo y honda nuestra antipatía frente a la mano que se nos extiende desde Washington y New York. Y se explicará claramente que, alejada del *politician* local que sonríe al banquero del Norte, se está creando en Hispanoamérica una juventud huraña y desabrida para todo el que, mirando hacia ella, pretenda hablar a nombre de los Estados

Unidos. Tiene Ud. merecimientos con exceso para ser tenido como excepción. De ahí que me haya decidido, por el camino de la ruda verdad, a tomar la coyuntura de su carta para decirle cómo se viene produciendo en Cuba la acción de Washington, desde qué ángulos ven las generaciones últimas las relaciones cubano-yanquis y hasta dónde es responsable el Gobierno de su patria del triste estado político-económico en que Cuba se debate. Creo que ya es hora de que los espíritus en libertad hablen claro y alto sobre estas cuestiones que tanto interesan, a la larga, a un país como a otro. Tratemos de construir una esfera común de pensamiento y de acción por sobre los límites geográficos y raciales, un mundo para el *homo liber* de las dos riberas mentales del Caribe. Si es imposible la existencia de esta tierra común, transitada, de momento, por raros habitantes, todo estará perdido y será forzoso dar el paso a las fuerzas torpes que Ud. y yo repudiamos.

Juraría que tiene Ud. sobre nuestro medio social muy poco halagadoras nociones. La verdad es que viejas fatalidades han acumulado en el pueblo de Cuba taras de difícil, no de imposible extirpación. Los días coloniales bajo España—para la que la Isla fué, más que otros territorios del Continente, factoría y granero—hicieron nacer, por la fuerza de la opresión injusta, hermosos caracteres e inteligencias superiores, pero no de un pueblo de cultura civil homogénea y generalizada. La esclavitud del africano, que encenagó al blanco, empeorando al negro, y la corrupción administrativa aneja a una colonia gobernada con fines exhaustivos, dejaron huellas que no han podido ser borradas. Con esas viejas lacras sobrenadando en las más heroicas guerras de independencia, llegó, con el siglo XX, la República. No vino por el solo esfuerzo de los cubanos sino con el auxilio de los acorazados yanquis en Santiago de Cuba. Nacimos al mundo con una tutoría que desnaturalizó nuestra evolución y traicionó nuestro espíritu. Un ingenuo agradecimiento nos convirtió—no por el texto de la Enmienda de Mr. Platt sino por acción y sentimiento de los directores de aquella hora—en presa colonial de una metrópoli más poderosa y hábil que España. Pusimos alas a la fatalidad histórico-económica que se producía contra nuestra vida. La riqueza sacrificada en la manigua debía ser recuperada cuanto antes y nadie con más méritos que el tutor nuevo para adelantar lo necesario a una larga convalescencia. Se nos inyectó sangre extraña. La convalescencia dura todavía.

En un pueblo sin tradiciones, con deficiente educación para la vida libre y entregado con santa simplicidad a la merced de un extranjero poderoso y rapaz, la vida pública ha tenido que desenvolverse con falsedad y turbulencia. Los partidos políticos no han podido representar credos distintos porque, si de una parte han faltado residuos históricos que les comunicaran especial color, de otra, la oligarquía que ha retenido en sus manos la dirección de lo político, ha impedido, con la ayuda de Washington, que las nuevas inquietudes llegasen a tener en Cuba sensible vigencia. El fenómeno,—tan de nuestros días, el mismo que los Estados Unidos confronta—de una minoría poco escrupulosa adueñada de los caminos de un pueblo, se ha producido sin pausas a lo largo de nuestra vida republicana y, mientras en otras tierras, una mejor capacidad colectiva, la pugna hasta cierto punto desembarazada de las tendencias contrarias y la disponibilidad de las fuentes de riqueza, han templado el rigor del ilícito poderío; en Cuba, los hábitos del caudillismo militar aprendidos en 1895, la alianza con los sectores más reaccionarios de Washington y la necesidad de recibir del Norte préstamos y «financiamientos», han producido el caso singular y tristísimo de una colectividad debatiéndose trágicamente en la insatisfacción moral y material bajo un grupo audaz, importador y conductor de la fuerza extraña y disolvente.

Desde 1902 hasta hoy las corporaciones yanquis han ido acaparando la agricultura y la industria de la isla. Con el latifundio en manos de empresas extranjeras, con las grandes fábricas de azúcar bajo el poder extraño, se ha organizado un Estado económico dentro del débil y anacrónico Estado político, con las duras consecuencias para nuestra personalidad que no precisa analizar. A mente tan poderosa como la de Ud. no puede escaparse el rol que en esta realidad colonial ha cabido a la representación diplomática de los Estados Unidos en la Habana. Al interés yanqui no ha convenido el despertar de las genuinas apetencias cubanas: ellas se levantarían contra el latifundio y el *trust* y harían poco apacible el usufructo de la factoría. Toda iniciativa congresional—se han producido varias—que ha querido detener la penetración económica ha contado con la objeción enérgica del Embajador; toda medida fiscal que haya pretendido limitar el poderío azucarero del Norte, ha tropezado con insalvables obstáculos. Y, como el vacilante poder político, carente de medios con qué cubrir el gasto público, ha ido a pedirlo a Wall Street, y Wall Street es también la *Cuban Cane* y la *Cuban Trading*, propietarios del latifundio isleño, el empréstito ha venido a robustecer la cadena que el propio Wall Street ha fabricado en cada provincia cubana. El control financiero es inatacable y si en algún caso la masa criolla quisiera levantarse contra él, la Enmienda Platt diría la última palabra.

La obra conquistadora de los Estados Unidos en Cuba—pese usted este síntoma singular—ha prescindido en los últimos años, de cancilleresca hipocresía. Ayer, Mr. González justificó un golpe de Estado contra la verdad electoral; hoy Mr. Guggenheim apoya una dictadura que no se detiene ante ningún derecho y para la cual la vida del hombre carece de todo valor. Parece, por la opresión yanqui-machadista y por el modo inusitadamente enérgico con que el pueblo de Cuba comienza a sacudirse la doble tiranía, que el momento de máxima intensidad no está lejano.

El grave problema cubano dista mucho de ser, con todo, un caso desesperado: Cuba es un pueblo en crisis, no en abyección. Alientan en él cualidades y energías sobradas a darle salud. Las fuerzas incontaminadas, ante el fracaso repetido de su rebeldía contra el *politician* y contra Washington, han permanecido largos años en lánguido soliloquio. Ha sido necesario que la enfermedad política más típicamente hispanoamericana, el despotismo no ilustrado, nos azotara cruelmente, para ir al ataque enérgico de nuestros males. Como en ningún país del Continente, se está produciendo en Cuba un movimiento de dignificación civil. Al estudiante universitario, castigado por Machado con el destierro y con la muerte, se debe, en primer término, el estado de honda revolución moral que estamos viviendo. Lejos de la vulgar algarada, el alumno universitario de Cuba ha tomado sobre sí una obra de gran significación social y política. En sus programas se pide, al lado del cambio técnico docente, la más honda transformación de los hábitos públicos: junto a la constitución de una Universidad de acción social enérgica, la caída de un régimen que, agresor de todo legítimo interés, entrega a Washington a cambio de un *bill de perpetuidad*, la disposición de todas las fuentes productivas. Al llamado angustiosamente viril del alumno universitario ha respondido toda la juventud cubana y la mujer—la niña—ha afrontado la gran responsabilidad con inigualada entereza. El profesorado de la Universidad, el de los Institutos y Escuelas Normales, se ha identificado con la rebeldía estudiantil. Cuba contempla hoy, en una verdadera resurrección, el espectáculo más hermoso de su vida republicana. A tan sorprendente resurgimiento ha contestado el Gobierno de Machado clausurando definitivamente la Universidad de la Habana, expulsando de sus cargos a todos los profesores, llenando las cárceles de obreros, maestros e intelectuales, prohibiendo la publicación de los más importantes periódicos y decretando la Ley Marcial.

Penetrará Ud. fácilmente cuál ha de ser el estado de ánimo de las generaciones adolescentes—las que están dando el santo y seña del decoro—y de las que, en plena juventud, marchan con el estudiante, frente a los Estados Unidos. En el urgente *ajuste de cuentas* tiene su país las más detestables partidas. Y no se quiere reiniciar la negociación ruinosa. Tanto como es repudiable la acción de Mr. González y Mr. Guggenheim es condenable todo ruego cubano al Senado de la Unión solicitando el poder decisivo de sus acuerdos para el triunfo de la justicia en Cuba. Todo servicio de mano extraña se paga con la pérdida de la autonomía doméstica y esa autonomía es la que queremos lograr a cualquier precio. Condenamos, como Ud., que Washington apoye, con la amenaza de su ejército, y el poder de su bolsa al gobierno ilegal y torpe de Machado, pero repudiamos también el auxilio yanqui al cubano que, cumpliendo su deber, trabaje para derribar al Dictador. Un gráfico de las intervenciones norteamericanas en Latinoamérica—pasan de treinta en lo que va de siglo—señalaría al término de cada línea agresiva, un punto de amarre del dogal económico y una caída de la personalidad hispánica. Detrás del aliado en la obra generosa, como detrás de Santiago, y de la Joint Resolution, no puede venir otra cosa (porque no se puede dar lo que no se tiene y la política yanqui no la orienta Mr. Dewey) que nuevos Chadbournes, nuevos latifundios y nuevos empréstitos.

Al llegar a este punto se preguntará usted que, si esta es la verdad, si, como ha confesado en reciente estudio el profesor Wilford Gardner «el sentimiento público que prevalece en la América Latina es decididamente contrario a las intervenciones», qué servicio puede usted realizar en favor de nuestra isla. Puede ser eminente su labor si, como cabe esperar de usted, ésta se realiza en esa zona abstracta, aunque humanísima, de que antes he hablado. Advierta que, desde esa *tierra de todos*, el beneficio a su pueblo es el beneficio a Cuba. La gestión interesada y punible de un Guggenheim debe cesar para usted porque lesiona el prestigio de su nación; para nosotros, porque perpetúa y agrava el desequilibrio interior que mina nuestra existencia. Trabaje usted porque a Guggenheim no le reemplace otra fuerza intromisora. Ayúdenos castigando con su gran palabra la ganancia turbia de su Gobierno—a valernos por nuestra cuenta, a darnos nuestro destino, a «sudar solos la calentura», como quería José Martí, nuestro Libertador. La unión entre su país y el mío, por rara paradoja, ha de fundarse en una creciente separación. Nunca ha sido ganancioso para el indigente la amistad estrecha con el poderoso. Cuando los hombres de su estatura, hayan dignificado a los Estados Unidos extirpando la agresión sin escrúpulos como modo de vida internacional, podremos bajar del *hinterland* donde usted y yo nos entenderemos siempre a la contingencia económica que es la historia viva de nuestros días.

Excúseme si esta carta, por su extensión, ha abierto brecha considerable en su tiempo, tan preciosamente aprovechado siempre. Crea que no la ha inspirado ni amargura cubana ni rencor hacia Norteamérica. Machado, que me sacó de mi cátedra universitaria para vestirme con la chamarreta del delincuente vulgar y ponerme un número al cuello, es un síntoma, no la causa determinante de nuestra postración. Sobre el agravio personal hemos de levantarnos a la búsqueda de remedios que alejen de una vez las agresiones inciviles, sólo posibles en sociedades de tipo colonial. Y, muy unido por la angustia de este momento jadeante del mundo, a los hombres libres de tortuosos designios, como usted, he querido poner el hombro con el suyo en el derribo de una gran injusticia que, con un sentido limpiamente humano y estrictamente material,—de Sócrates a Marx—más hiere a quien la produce que a quien la sufre.

Sépame, Maestro, servidor muy devoto.

Juan Marinello

Cartas Hiperbóreas

Time is money

= Envío del autor =



Por F. Quirós

No; no son los libros de Upton Sinclair ni las doctrinas americanistas de Waldo Frank lo que puede darnos una noción de la justicia yanqui. ¿Por qué exacerbarse contra Hearst y sus periódicos, ni contra los mil papeles de escándalo «ilustrado» que circulan en los Estados Unidos, derivándose semanalmente en «magazines» bajo la impresión que los franceses son sucios, tienen barbita y explotan al turista con genuflexiones; los italianos o émulos de Capone o banqueros fallidos; los españoles... los de España, pintorescos, con sombrero de queso y cascabeles; los de América, algo así más que un negro y menos que un chino?

Al fin una raza tan selecta como la formada por sucesivas capas etnológicas de judíos holandeses y de escandinavos errantes, una raza cuyo refinamiento es proverbial y que fabricando cosas en grandes cantidades gana guerras y fabricando «doctrinas» de Monroe y tarifas se está captando la admiración y la simpatía del mundo entero, un país cuyas autoridades de inmigración son tan inteligentes y tan estrictas para convertir su soberbio aislamiento en un archipiélago de prejuicios, un país tan moral, tan intelectual, tan incomparable, tan país él mismo, debía de tener un órgano de publicidad excepcional, un extra-órgano, una masa de papel impreso, de rotograbado, de suplementos, de gráficos de bolsa, de deportes, de higiene, de cine, de teosofía: el super-periódico a veintenas de secciones, con quince editoriales para tratar de lo divino y de lo humano y «corresponsales», en las cinco partes del mundo. Desde Malbourne hasta el Yukon, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Arkangel, estos corresponsales envían su noticia en el estilo convencional, impersonal, casuístico. En el estilo «standard» de «parece ser»... «aunque hay razones para suponer»; y a vuelta de frases ambiguas, con el texto, al estirarlo, el redactor de guardia lo conforma, lo normaliza y lo endereza respecto de las «instrucciones» que para esa semana haya recibido del redactor en jefe:

—Esta semana empuje a Mussolini.

—Negociamos con Rusia; afloje el tono respecto de los *soviets*.

—No *suavice* más a Leguía... La junta se tiene fuerte. Washington quiere oír.

—Cuidado con la del Brasil. Ni sí ni no.

Y así sucesivamente. «And so on»... Es decir, ese periódico y esos periódicos todos, hasta los que aparecen adversarios como el *World*, no tienen una vía recta, una idea básica... Se deben al público que avisa y compra ejemplares como una modista de estación o un saltimbanqui de «vaudeville». Son admirables de impresión, de expresión, de grabados. A veces tienen un grupo de escritores célebres con relativa libertad, como el *New York American* que «ha hecho» la opinión referente a México a causa de la personal opinión del propietario, interesado en negocios allí...

Bajo su circunspección aparente es el *Times* el diario más marrullero, más insidioso y más «chauvinista»; y su grandeza material está en proporción inversa con su insignificancia moral. Se le compra como un excelente anuario, como un suplemento informativo de primer orden en ciertos sectores. Su ideología conservadora, pacata, podada, lenta en decidir sobre los grandes problemas que afligen al pueblo americano y al mundo es pasto tan sólo para ese porcentazgo de ricachos retirados, de rentistas, de burócrates con descanso dominical (sunday-issue) o extranjeros de hotel... El otro público, el comercial, pues naturalmente, allí lee aquello de «All the News That's Fit to Print.»

Paul Morand, esa forma de la industria francesa en salsa de calamar, nos relata su visita al gran rotativo en una forma melancólica, algo envidiosa en su volumen *New York*, página descriptiva no de lo que un francés puede ver en la metrópoli del Hudson, sino lo que un escritor de sus actividades debe decir respecto de una ciudad en la que le interesa hacerse lectores.

Toda esta reflexión viene de la lectura de este simple «entrefilete»:

«Venezuela teme revuelta.—Se exige a Capitanes de tanques vigilar a contrabandistas de armas.—Curazao, octubre 3. Desde los abortados ataques del año pasado en Cumaná, Coro y Curazao, los diversos grupos revolucionarios se han mantenido quietos, y si se exceptúan los disturbios en algunas regiones del país no ha habido últimamente abierta oposición al Gobierno. Sin embargo, de acuerdo con informaciones de buena fuente, detrás de esta situación de «ninguna novedad», existe una señalada actividad de parte de los revolucionarios.

»La clave de tal situación está aún en el oeste de la república. Quien tenga a Maracaibo tiene a Venezuela, pues los campos petrolíferos determinan los nueve décimos de la renta pública y con esta fuente de ingreso tomada, el Gobierno de Caracas, la capital, quedaría en una situación apretada.

»Ultimamente las sospechas del Gobierno se han fijado en el gran número de pequeñas embarcaciones de pesca o de comercio que navegan por las costas del lago de Maracaibo y por el golfo, aventurándose hasta Curazao y los puertos colombianos. Se sospecha que muchas de estas embarcaciones introducen al país grandes cantidades de armas y de municiones para los revolucionarios.»

Con un conocimiento de causa que es indiscutible en tal asunto puede afirmarse que eso es un tejidillo insidioso, que nadie—ni dentro ni fuera del país—pensó jamás en meter armas vía Maracaibo o el litoral del Golfo; que por razones obvias de estratégica militar o política eso no puede ocurrírsele sino a un corresponsal yanqui cuya geografía y generales conocimientos a veces no pasan de un concepto relativo de distancia y nomenclatura del condado de Texas o de North-Dakota dónde «se educó»...

Hasta allí su informe de «barquitos pescadores» transportando fusiles y cartuchos para los «revolutionists» del Zulia. De Curazao es estúpido afirmar—después del susto que les dió Urbina—que salgan contrabandos de armas para el golfo zuliano; de Colombia... Nuestra vecina ha observado anteriormente, respecto de los hechos, ya no una neutralidad severa, sino que le hacía la policía al Gobierno de Venezuela, costándole ello dinero y disgustos. De los godos de la frontera, si es que tienen armas, no es ahora que les van a vender.

De modo que toda esta historia huele, apesta a petróleo. Desde el título, que es obra del *Times* en sus cuarteles generales inspirados por teléfono. Bueno, diráse ¿pero a qué toda esta requisitoria por una noticia más o menos emanada de una fuente tan caprichosa y extravagante como la de las «corresponsalías» del *Times?*

El subtítulo es el eje de ésta al parecer inocente información: «Tankers Captains asked to watch for Arms Smugglers.» Los capitanes de «tanques» (barcos que transportan el petróleo crudo a refinar en la vecina Antilla de Curazao), tienen instrucciones de vigilar a los contrabandistas de armas.»

¿De cuando acá los yanquis que trans-

portan su material en aguas venezolanas están investidos con tal comisión de policía venezolana? ¿Quién les dió tal cometido?

Esto no puede ser sino otra insidia de la prensa yanqui porque las actuales autoridades venezolanas—al decir del Ministro en Washington, Dr. Arcaya—no sufren ingerencias, etc., etc... Eso estaría bien y fuera digno si no lo dijera el mismo hombre que en 1922, teniendo igual cargo en la capital saxo-americana, nos denunció a Jacinto López y a mí ante la Secretaría de Estado por publicarse en *La Reforma Social* el prefacio de mis *Memorias*... La nota ésta acerca de ello ¿sabéis dónde está? Pues... en el *Times* mismo, edición de aquel año.

Nada de esto es tan extraño—ni aun el mismo patriotismo tardío y manido del doctor Arcaya,—nada es tan absurdo como ver a estas horas por ahí quienes ayudan con una candidez desolada a hacerle ambiente al «gesto» de ese pobre señor que está ahora tan rico.

La decadencia es un fenómeno suceptible a cambiar en formas ascendentes de renovacióu; pero el cretinismo no ofrece esperanza alguna.

Se le llama, por ello, como a ciertos Gobiernos, «constitucional».

La frase ajena es dura pero pasa de paradoja a evangelio: «el último refugio de los pícaros es el *patriotismo*».

José Rafael Pocaterra

Persiflage

Poetas del dolor

=Colaboración directa=

Para los aspirantes a tan alto título, con el deseo de que lo ganen sin que les duela mucho.

Autobiográfico.—Donde nací a nadie le importa. A nadie le interesará hacer camino por tierra fragosa para llegar a ver, si todavía existe, la humilde casa en la que mi madre sintió el dolor inmenso de darme a luz.

Me crié descalzo. Recuerdo aún la vez cuando primero me torturé poniéndome zapatos. Al quitármelos me dejaron asombrados mis pies: habían adquirido color de cara, estaban sonrosados, y en la planta, adolorida con un dolor nuevo, tenía una larga y honda arruga. Los pobres dedos también se habían vuelto sensitivos. Para mí fue revelación que ha hecho época en mi vida esa insospechable y repentina sensibilidad en los pies. A medida que he ido civilizándome, el milagro doloroso se ha repetido en mi ser. No sé si se me entienda. No importa. Sé lo que digo. Ir descubriendo en mí nuevas sensibilidades ha sido el proceso de mi adquisición de civilización. No creo ser único. Por eso me sorprende que nadie haya advertido esto antes. Alguien, seguramente, lo debe de haber dicho ya. Me dolería sobremanera sentirme excepcional en esto.

Civilización, pues, para mí, es correlativo con sensibilidad. No es automóviles, ni carreteras, ni revistas con cinco millones de suscritores, ni gas asfixiante, no, mil veces no. En mi casucha de Heredia, yo que no acierto a comprender por qué mis paisanos que los tienen gastan automóviles, ni con qué fin cuerdo el país está en crisis por construirse carreteras pavimentadas; yo, digo, maestro que no sabría qué hacer si me quitan mi sueldecillo mísero o si, como puede suceder, dejan de pagármelo, me considero, sin embargo, civilizado, altamente civilizado.

Criterio.—Mirad si no: cuando García Monge me inició en el estudio de la literatura —¡oh inolvidables clases aquellas!—si recordará él la vez que nos leyó la *Serranilla* del Marqués de Santillana: fluía su voz como un ungüento— —*moza tan fermosa*—y a mí me entraron ganas de llorar. ¡Descubrí en mí una sensibilidad nueva! Algo, algo en mi alma, algo que era terroso y a lo que yo no le había hecho más que sacarle espinas y niguas, se me puso rosado, como cara, y me sorprendió de que pudiese sentir lo que sentía. Para mí, el zapato por excelencia es el nuevo. Cuando no calzo nuevo, como si no calzara. Igual me resulta entonces a como, en el alma, cuando leo los periódicos; pero cuando estreno calzado, ¡entonces sí! Entonces es como cuando leo algo que me pone rocío en los ojos. Ahí tenéis lo fundamental de mi criterio literario. El poeta que no me hace llorar, no es poeta. Ese es mi juicio.

Valencia.—Y la declamación me deja impávido. Por eso, ya podéis admirar cuanto querráis a don Guillermo Valencia; a mí me parece poeta muy secundón, y su oración en San Pedro Alejandrino algo que apena: ¡tánta oratoria, y ni una lágrima; tánta retórica y ni siquiera un sollozo; pobre Libertador, teniendo que fumarse puro fino tan grueso (ya conocéis mi aversión a los puros)! A los costarricenses para algo grande nos tiene deparados Dios. Somos el pueblo a quien no conmueven los discursos. Los oradores que hay entre nosotros son *a pesar* de nosotros. No nos gustan: se gustan ellos cada uno a sí mismo. Cada uno tiene un público en singular.

En cambio, por los versos—no los versos discursos ni los versos tratados, sino que los versos *versos*—nos encantan. Llenad un teatro cualquiera de los ticos que querráis y ponedlos a escoger entre que hable el Licenciado don Alejandro Aguilar Machado o que recite el ídem don Rogelio Sotela, o viceversa, y apuesto los zapatos nuevos que me trajeron los Reyes—estilo Oxford, cuero cordobés, comprados donde Gil en San José—a que gana el recitador.

Mejillas de la patria.—En nuestras latitudes, dicen, el del hambre es dolor raro. ¡Ah, bien sé que en nuestra clase media—no, no en la media precisamente, sino en la que está entre la media y la primera, y es como una franja deshilachada de ésta—el hambre no es desconocida! En cierto modo, ésa es mi clase. Hasta donde puedo sentirme lo que los ingleses llaman *clas conscious*. Porque a ella pertenecen, de ella salen y a ella vuelven, la vasta mayoría de los maestros de escuela.

Culturalmente somos, *en bloc*, la *élite* de la raza. Somos los que leen; los que escriben; los que piensan; los que sienten, sí, la parte del organismo social que tiene sensibilidad descubierta. Somos la cara del país: en nosotros se sonroja cuando le invade la vergüenza: somos el rostro de Costa Rica, así como hay otras clases que son los brazos y las manos, el estómago y las tripas y el estiércol de la nación. En nuestra clase hay hambre. Para mantener las decencias exteriores, ¡qué pobremente os alimentáis, clase mía! La palidez de tus mejillas, tus ojeras grandes—esas ojeras que el bohemio nicaragüense comparaba a playas de finísima arena,—tus manitas flacas y frías y húmedas, lo que hace tu belleza especial, oh muchachá que marchitaste tu primavera verdadera estudiando para maestra, y que ahora que lo eres te marchitas toda sin saber por qué y tienes un instinto torcido de las cosas, y hambrienta de fiesta huyes de los festejos, y consumida por sed de amar le haces al amor cara de asco— ¡lo que el hambre, el hambre y el silencio, el hambre y el silencio y la demasiada sensibilidad te han hecho! Mi primera novia estudiaba para maestra.

Mi primera novia.—Su padre bebía. Y era hartón. La madre, a escondidas, lavaba ajeno. Yo todo lo sabía, pero hacía que lo ignoraba todo. ¡Qué continuo terror el de ella de que yo lo llegara a saber! Me amaba. Yo sabía que me amaba. Pero pretendía tenerme un infinito desprecio. Y no sabiendo qué hacer para que no rondase yo su casa ni la siguiese, cómo le hacía violencia a la ternura natural de su alma y rechazaba con odio mi cariño. Un zapato pobre, un zapato mal hecho, un zapato chirrión, que aprieta, que hace callos, que deforma — así fue mi primer amor. Y como cuando el pie, por causa de esos primeros zapatos mal formados, ya jamás hallará calzado que no duela, así, para mí, todo amor es dolor. Yo soy el hombre que tiene juanetes en el alma. No es donde la piel es más tersa, más fina, más suave, que reside la mayor sensibilidad, sino más bien donde la piel se ha endurecido y forma callo. En los días grises, en los días húmedos, como hoy, me duelen los callos con punzadas agudas, y, con agudas punzadas, me duele el corazón.

Mi novia se hizo maestra. Entre nosotros ya hay lágrimas y años. ¡Qué vulgar que les parecerá esto a los espíritus insensibles, pero cuánta ternura encierra: que cuando me duelen los callos me acuerdo de mi primer amor! Poesía de amor que no punce, que no haga doler como duelen los callos en día húmedo, para mí no es tal poesía.

Boulmier.—Me recuerdo ahora de dos poetas del dolor—¿y quién que *es* poeta no lo es del dolor?—, dos, apenas conocidos ahora, dos que el mundo ha olvidado y que sólo uno que otro como yo, de los que la vida ha divorciado del mundo, recordaremos. Ellos servirán de ilustración a lo que deseo expresar. Son franceses, contemporáneos de Víctor Hugo y de Lamartine; estaban en su apogeo literario el año de Sedán. El uno, Joseph Boulmier, nacido cuando Centro América se independizaba, publicó un libro de *odes sapphiques* en 1852; otro, de *Rimes loyales*, en 1857; *La légende d'un coeur* en 1861; *Rimes brutales* en 1864; *Portefeuille intime* en ese mismo año, y, cuatro años después, en 1868, *Rimes chevaleresques*. Si publicó más, no lo sé, ni sé cuando murió. De su poesía *Stoïcisme* son los versos siguientes que copio, en extracto, de los apuntes de cuando estudiaba la literatura francesa del siglo XIX:

Douleur, ange guardien qui berces l'insomnie,
Non, tu n'es pas un mal, et l' on te calomnie.
Jaloux comme l'avare attentif a son or,
Donc je te couve en moi, douleur, mon seul [trésor!
Pour toi je marche pur dans cette fange humaine;
Tu m'as gueri de tout: de l'amour, de la haine,
Du regret impuissant, de l'espoir envieux...
C'est toi qui dans ma vie as remis l'équilibre:
C'est toi qui m'as rendit calme, puissant et libre.
Et quand tout m'abandonne en me criant: [«Malheur!»
Tu me restes fidéle, o ma chère douleur!....
O douleur, pain des forts, dont je veux me [nourrir!....
Et saintement raison il avoit, a son tour,
Le blonde Galiléen, le prophète d' amour;

Et sa parole d'or valait bien un miracle,
Lorsque sur la montagne il rendit cet oracle:
Héreux celui qui pleure.... *ajoutons á cela:*
Car il ne será pas consolé! *Tout est lá:*
La consolation ment, la douleur est vraie;
C'est le fromment de l'âme et l'autre en est
[*l'ivraie.*

Cosnard.—Este Joseph Boulmier, distinguido y erudito, a saber a qué *United Fruit Company* de su tiempo y dominadora de Francia serviría, que, como veis, todo él se nos vuelve retórica, y el dolor se nos esfuma en galana oratoria. En cambio, Alexandre Cosnard, nacido en 1802 en la Falaise (de donde es señora marquesa titular, o lo era hasta hace poco, la real hembra Gloria Swanson), ése sí que conocía el dolor íntimamente y era incapaz de hacer retórica acerca de tamaña realidad; como el verdadero patriota no hará retórica del patriotismo. Muy niño quedó huérfano Cosnard. De hombre, a los cinco años de casado, que es cuando juzgo que el matrimonio comienza a ser dulce—ni apasionado ni amargo, sino que dulce y tranquilo,—perdió a la esposa que adoraba. Más tarde vió morir a sus dos hijos, y después a su hermano. Y así pudo escribir:

Seul, sans aucun des miens, sans ma joyeuse
[*escorte;*
Sans le frére et la soeur, jeune et charmant souci;
Sans leur mére surtout.... La pauvre mére est
[*morte,*
Les deux enfants aussi.....

Se le había invitado a las bodas de una Margarita, y es de la poesía en que acepta la invitación de donde extracto las estrofas que cito. Lejos, muy lejos de él, ditirambizar el dolor; lejos, muy lejos de él, querer que todos sufran. Oíd:

Toi qui brilles cachée á la foule frivole,
D'un charme recueilli qui plait á ma douleur,
Dont le nom gracieux, ton éloquent symbole,
Veut dire perle ou fleur!.....

Aimez-vous, aimez-vous! et que, pour vos caresses,
L'aspect de mes chagrins ne soit point un effroi.
Aimez, ne craignez pas d'echanger vos tendresses,
D'être hereux devant moi!

Cet amour desolé qui m'oppresse et m'inonde,
Des purs bonheurs d'autrui ne sait pas mur-
[*murer....*
Que je souffre pour vous, me amis, et qu'au monde
Je sois seul á pleurer!

He ahí lo que yo llamo versos *versos;* los versos *sencillos* de Martí; y verdadera poesía del dolor. Me los había aprendido de memoria para recitárselos a mi primera novia. Nunca hubo oportunidad. Nunca estuvimos solos. Nunca me dejó hablarle. Y ese amor, apretado, oculto, se me hizo callo en el alma. Comprended, ¡por Dios! que no digo cosa vulgar. El día está húmedo y nublado y me duelen, como punzadas, los callos y mi primer amor. Os juro que por las dos cosas he llorado....

Heredia, enero, 1931.

Persiles

La política de Stimson en el Brasil

=De *La Nación*. Buenos Aires=

Después de haber estudiado durante tres semanas el desarrollo de la guerra civil brasileña, el secretario de Estado norteamericano anunció oficialmente que no se permitiría a los rebeldes que se abastecieran de armas y municiones en los Estados Unidos. En cambio, fueron ofrecidos al gobierno del Brasil todos los elementos que considerase necesarios para estrangular la revolución.

Dos días después de haber hecho Stimson su sensacional anuncio, la administración del Sr. Washington Luiz Pereira de Souza era derrocada. Jamás la cancillería norteamericana había exhibido tan poca previsión. Parece que los revolucionarios del Brasil aguardaron la declaración de Stimson para dar el golpe final y probar de esa manera que la ayuda de los Estados Unidos les era completamente innecesaria.

Sin tomar parte en las convulsiones políticas de la gran república sudamericana, hay que celebrar que las declaraciones que se hacen en Washington no tengan en Río la trascendencia que tienen en Nicaragua y Haití. En estas dos pequeñas repúblicas la actitud de Stimson habría aplastado a los rebeldes. En el Brasil, no. Allí los gobiernos apoyados por la Casa Blanca pueden caer. Y aunque no hay derecho para alegrarse por un derrumbamiento gubernamental, sí lo hay para festejar que los destinos de aquel gran pueblo no dependan de la Casa Blanca.

Si el Presidente Pereira de Souza hubiera sometido a los rebeldes con los cañones y ametralladoras que le iban a ser enviados de los Estados Unidos, habría sido lógico que su sucesor, D. Julio Prestes, jamás olvidara la actitud benévola del secretario Stimson. En vista de este antecedente, lo natural habría sido que en todos los conflictos internacionales del Nuevo Mundo, la República del Brasil quedase moralmente obligada a colocarse al lado de los Estados Unidos.

Con el triunfo de la revolución, todo ha cambiado. El futuro presidente de aquel país podrá ser bueno o malo, constructor o demoledor, pero lo que está fuera de toda duda es que no le va a deber la presidencia a la Casa Blanca. No va a ser un Borno ni un Moncada, y, por lo mismo, tendrá que inspirar confianza y respeto.

Los pueblos ibero-americanos no se han encarrilado aún en la vía de las instituciones perfectas y de vez en cuando sufren tremendas sacudidas. Unas revoluciones abortan, otras triunfan. En la imposibilidad de impedir estas crisis, hay que desear que encarnen hasta donde sea posible la voluntad popular. Es decir que sólo triunfen aquellas revoluciones que se encuentran respaldadas por la opinión de la mayoría de los habitantes. Para conseguir eso, se hace indispensable que las potencias extranjeras no metan sus manos en las luchas civiles del Nuevo Mundo. Si los contendientes se encuentran en igualdad de circunstancias, lo lógico es que la victoria sea de aquel que consiga almacenar mayor fuerza y prestigio dentro de la propia nacionalidad.

Mas si, por desgracia, los Estados Unidos dan dinero, armas y municiones a uno de los bandos y bloquean las actividades del otro, entonces el pueblo convulsionado deja de ser dueño de sus destinos. Si ese pueblo se encuentra colocado arriba del canal de Panamá, entonces el partido triunfante no será aquel que represente los ideales e intereses de la nacionalidad, sino el que cuente con el apoyo de la Casa Blanca. Todo el pueblo de Nicaragua puede ser partidario de Sandino, pero como las sombras de Hoover y Stimson se proyectan detrás del general Moncada, claro está que el poder de éste es inconmovible. En esta situación no triunfan las revoluciones porque sean buenas, ni fracasan porque sean malas: la clave del éxito y la explicación de la derrota se encuentran en la cancillería de los Estados Unidos.

Muy doloroso es que haya revolucionarios, pero más doloroso aun es que el éxito de esas revoluciones dependa de una cancillería extranjera. Si, cuando menos, los Estados Unidos adoptasen el principio de condenar a todas las insurrecciones y sostener a todos los gobiernos constituidos, los pueblos del Nuevo Mundo verían al coloso anglosajón en un plano superior por encima de todas las querellas intestinas de América. El que defiende una doctrina puede despeñarse en el error, pero su actitud siempre es digna y respetable.

Desgraciadamente, la cancillería norteamericana carece de doctrina. En ciertas ocasiones ayuda a los rebeldes y en otras contribuye a exterminarlos. Véase, por ejemplo, lo que ha pasado en México. El gobierno de los Estados Unidos vió con simpatía en 1910 el movimiento revolucionario de Francisco Madero, y luego, al año siguiente, miró con notoria hostilidad a la revolución que pretendió acaudillar el general don Bernardo Reyes. El Departamento de Estado apoyó en 1913 la rebelión encabezada por Venustiano Carranza, y luego, en 1923 y 1929, ese mismo departamento ayudó al gobierno de México a estrangular las revoluciones de Adolfo Huerta y González Escobar.

En vista de estos crueles antecedentes, no se han evitado en México las revoluciones, pero sí se ha llegado a la conclusión escéptica de que para que un movimiento armado triunfe se hace indispensable contar con la ayuda o, cuando menos, con la neutralidad benévola de los Estados Unidos. Arriba del canal de Panamá ya no hay revoluciones, buenas ni malas: hay, no más, revoluciones protegidas y revoluciones hostilizadas por el gobierno de Washington.

Es posible que Stimson, al anunciar oficialmente el embargo de las municiones para los enemigos del presidente Pereira de Souza, haya creído que era fácil hacer con el Brasil lo que se ha hecho con México y Centro América, con Cuba y Santo Domingo, con Panamá y Haití, pero el hecho de que los revolucionarios brasileños tumbaran al Gobierno casi en el momento en que los Estados Unidos le brindaban su simpatía, hace ver que este país aun no extiende su omnipotencia al hemisferio austral.

El fracaso de Stimson es consolador, porque tal vez convenza de que, para el futuro, es más conveniente y digno ser absolutamente neutral. Ya es tiempo de que se imponga la doctrina de que las consolidaciones gubernamentales y los derrumbamientos administrativos son cosas que deben regirse exclusivamente por las necesidades interiores de los pueblos.

No hay que celebrar el triunfo de la revolución brasileña, porque esa es una cuestión que sólo compete a los ciudadanos del Brasil. Pero sí hay que alegrarse de que Stimson no tenga la fuerza necesaria para galvanizar a los gobiernos en agonía. Y no debe interpretarse esta alegría como odio a los Estados Unidos. ¡No! La gran Unión americana debe ser vista con respeto y admiración, pero que no se meta en las revoluciones del Nuevo Mundo, ni para ayudarlas, ni para combatirlas; que no derroque a los gobiernos constituídos, pero que tampoco los sostenga. Los destinos de los pueblos iberoamericanos deben depender de ellos mismos.

Nemesio García Naranjo

Masferrer, candidato

París, a 31 de octubre de 1931.

Sr. Director de *Repertorio Americano*

La Sección aprista de París ha acordado pedir a Ud. la publicación de esta carta que lleva nuestro testimonio el justo júbilo al saber que el nombre del ilustre maestro salvadoreño Alberto Masferrer ha de figurar como candidato del pueblo a la presidencia de la república de su país.

Sólo el hecho de insinuar el nombre de Masferrer para la presidencia de El Salvador significa un verdadero paso adelante del espíritu renovador de nuestra América. Los tiempos en que la dirección política de nuestros países sólo podían obtenerla o el militar audaz e ignorante que usa de la fuerza siempre lista de sus soldados, o el politicastró profesional, van pasando. La política con el insurgir de la nueva generación latino-americana deviene algo más respetable, más orgánico, más honesto. Parece que nos vamos convenciendo en América que la fuerza de las bayonetas y los compromisos de los viejos políticos como únicas tácticas políticas no nos llevan sino a la "triste alternativa de la tiranía y del cuartelazo". Mientras tanto, nuestros pueblos se ven cada vez más sometidos y después de un lapso de tiempo descubrimos una vez más que cada golpe de estado "regenerador" o cada elección fraguada no marcan avance sino regresión.

Los últimos acontecimientos políticos latino americanos quizá no sólo marquen el fin de las tiranías sino también el fin de los métodos elementales, consecuencia o efecto de aquellas que hay que usar para derribarlas. Y sólo una política nueva, orgánica, metódica, movida por hombres de espíritu joven que marchen con la juventud, podrá salvarnos.

Masferrer para América Latina, es uno de los maestros más sinceros, más honrados y más sabios. Para los apristas es un viejo camarada cuya compañía nos reconforta y nos honra. No podemos olvidar aquella admirable declaración de Masferrer "*Apristas somos*" que publicara en "Patria" de San Salvador y reprodujera *Repertorio*. La palabra sincera y encendida del viejo *leader* fue para todos los apristas de América como un nuevo y grato espaldarazo.

Su doctrina económica del *Mínimun Vital*, que para su país constituye la verdadera base de un programa económico-social, demuestra que Masferrer no es sólo un gran literato, un profundo pensador sino también un político en el más digno concepto. El *Mínimun Vital* es quizá, la forma más eficiente de aplicación para la realidad que lo ha inspirado, de las teorías del Apra en materia social. Por eso, le hemos acompañado siempre los apristas de América en sus magníficas campañas de prensa y de tribuna.

Si Alberto Masferrer ha de ser el candidato del pueblo salvadoreño para la presidencia de la república, la juventud de toda la América Latina ha de acompañarle con su simpatía. Ojalá el pueblo de El Salvador cumpla con elevarle al puesto que merece. No pondrían sólo a un gran hombre. Elevarían con él, una doctrina, un programa, un partido.

Si la América Latina se siente cada vez más unida en los dolores comunes y en las comunes esperanzas, un hombre como Masferrer no sólo pertenece a El Salvador y a Centroamérica. Es un ciudadano de América Latina con plena conciencia de tal. Y hombres con esa conciencia necesitan nuestros pueblos porque sólo así han de encontrar el camino de la verdadera renovación de cada uno de nuestros países, camino cuya meta es la grandeza efectiva de nuestra América.

Quiera Ud. permitir que los apristas de París, que somos hijos de todos los países latino-americanos unidos en un gran propósito de justicia y de efectiva libertad manifiesten a Masferrer y al noble pueblo salvadoreño el testimonio de su simpatía y de su aliento.

Por la Sección Aprista de París,

G. A. González Willis

Zelaya vuelve

= Envío del autor =

José Santos Zelaya ha regresado a Nicaragua convertido en despojos que vuelve a tragarse la tierra, después de una peregrinación que hace once años tuvo su epílogo en la metrópoli neoyorkina. Su retorno—dice el cablegrama—ha sido triunfal y en la comitiva figuraron muchos de sus candentes enemigos. Sólo ha faltado que junto a esa tumba Emiliano Chamorro hiciera la apología del inolvidable dictador.

El hecho en sí pretexta comentarios. No se trata de un homenaje a quien fue uno de los déspotas criollos más temibles. Quizá sea una explosión de la sensibilidad nicaragüense, que después de tantos años de amarguras bajo la férula imperialista, se atreve a expresarse en fábula. Cuando los pueblos se acobardan, no tienen más remedio que refugiarse en la ironía. Y así se explica que el cadáver de quien fue más de quince años el terror de los nicaragüinses y la amenaza continua de la paz en Centro América, haya recibido esos honores que parecen sarcasmo.

No hay para qué revivir odios ni avivar rencores. Zelaya tiene ya su sitio en la historia de esas republiquillas atormentadas por los cacicazgos que han hecho alarde de nacionalismo tan sólo para seguir ultrajando la dignidad humana, haciendo de las institucione una guasa y preparando poco a poco la desesperación que un día u otro ha culminado en sangrientas revanchas. Cuando las pasiones se acallen del todo, se verá, tan claro como en una transparencia que esos tiranos sórdidos tienen tanta responsabilidad en los atropellos que han sufrido las patrias débiles como la que comparten quienes, para sacudirse de largos abusos, han ida a mendigar las intervenciones ya se sabe dónde.

Santos Zelaya es un "caso" en la historia de la tiranía en América. Dictador que desangró inútilmente a su pueblo en correrías de barbarie, desde El Salvador a Panamá, intrigando contra sus rivales en la lucha por la hegemonía política centroamericana o fomentando disturbios que dejaron huellas inícuas que no se borran aún; hombre astuto que por mucho tiempo contó con la buena estrella, jamás podrá su nombre lavarse de las mancillas que se echó cada vez que ejercía despiadada crueldad sobre aquellos que ponía a su alcance en la derrota, o que, inermes, siempre tuvo a la mano para complacencia de su saña. Apaleó, atormentó, amasó una fortuna al amparo del poder omnímodo, fusiló con una calma que lo pone en primera línea entre los esbirros hispano americanos.

En abono del dictador puede mencionarse la incorporación del territorio de la Mosquitia, que había sido ocupado mucho tiempo por la Gran Bretaña; la construccinó de unas doscientas millas de ferrocarril; varias obras materiales, que pudieron haber sido labradas en oro maciso si no hubiera habido peculados; y la protección dispensada a última hora a Rubén Darío, que se tradujo en un madrigal a Doña Blanca.

Digamos también que era Zelaya una inteligencia cultivada, sin altitud, sin vuelo, pero conocedora de realidades; un hombre que se hacía temer por más que a la hora de la catástrofe huyó cobardemente, porque ya la codicia y el amor a la vida le amenguaban el antiguo arrojo. La manera como cayó, tras la nota insolente del Secretario Knox, tras el fusilamiento de Leonard Groce y Leroy Cannon, filibusteros yanquis que fueron sorprendidos cuando iban a operar a favor de los adversarios de la dictadura zelayuna, puso relieves continentales a su figura que sólo tuvo rival en el otro déspota ístmico, Estrada Cabrera.

Su exilio es materia prima para novela por escribirse. Se habla de amplios depósitos en Amberes, Nueva Orleans y otros bancos; de un alcázar europeo, que se hizo añicos al estallar la invasión alemana; de disturbios familiares que le amargaron definitivamente las vísperas de la ancianidad. Su enfermedad postrera, una complicación de vísceras, dió pretexto a los chismosos mundiales para evocar un visible castigo en respuesta a las dietas a que sometió a muchos de sus prisioneros. Decía Domingo Vásquez, al hacer el paralelo entre Cabrera y Zelaya, que éste era un tirano asqueroso, y el otro, venenoso....

Si hay quien haya desacreditado al partido liberal en el trópico, fue Zelaya. Habrá que entroncarlo a la genealogía espiritual de Rufino Barrios, que hizo escuela porque fue uno de los más finos victimarios de que nos hablan las crónicas. Floreció en el Siglo de Oro de las Dictaduras: Cipriano Castro, Ulises Hereaux, Carlos Ezeta.

Cuando cayó pudieron respirar hasta muchos de sus antiguos cómplices. Hoy que regresa a la tierra cálida en que se abrió al sol la orquídea lujosa de sus hazañas, la tierra se abre como ataúd empapado de lágrimas. Nó sobre ese cadáver la elegía de los que piden se respete al que ya es de los gusanos, sino puñados de verdad, de horrenda verdad, que caigan haciendo ruido, proclamando que el mañana es severo, que no se olvidan fácilmente las sangres y los llantos vertidos y que, si para los que pasaron por el mundo haciendo el mal es el apoteosis, para los que han sido buenos ¿qué queda?

Rafael Heliodoro Valle

Bibliografía:—"José Santos Zelaya's stormy regime as dictator of Nicaragua" ("New York Sun", 25 mayo 1919); "A pirate of Central America politics", por Frank W. Thrup (Los Angeles, Cal., 1909); "Manifesto del General J. Santos Zelaya al pueblo nicaragüense" (Managua, 1909);" Notes refuting the book published by J. Santos Zelaya" (New Orleans, 1910); "La obra de Zelaya. Reconocimiento nacional" (Managua, 1903); "Un histrión en camisa" (Santa Tecla, 1906); "La revolución de Nicaragua y los Estados Unidos", por J. S. Zelaya (Madrid, 1910); "Análisis del mensaje que dirigió al Congreso de Nicaragua el Presidente Gral. J. S. Zelaya", por Carlos Selva (San Salvador, 1899); "Prólogo de la "Síntesis", por Mariano Barreto ("La Patria", León, 1919); "De cuando cayó el general Zelaya", por Gustavo Alemán Bolaños ("Diario del Salvador", 8 marzo 1922); "José Santos Zelaya", por Paulino Valladares ("El Cronista", Tegucigalpa, mayo 1919); y "Centro América y los Yanquis (San Salvador, 1907); "Cosas de Centro América" (Madrid, 1908) e "Imperialism and the Monroe Doctrine" (New York, 1911), los tres últimos suscritos por José María Moncada.

México, D. F., octubre de 1930.

Estampas

Los prestamistas de la Roma actual
Las rapacidades fenicias sobre el Caribe...

= *Colaboración directa* =

En la voz alentadora que Waldo Frank lleva al mundo estudiantil de Cuba que lucha virilmente contra la tiranía tenebrosa, se escucha la acusación contra el Gobierno de los Estados Unidos, de estar imperializando el Caribe entero. Es decir, los Estados Unidos se expansionan y absorben toda la geografía bañada por aguas del Caribe. También Roma desbordó sus rapacidades fenicias sobre el Mediterráneo. El Norte calca su política sobre la historia del Imperio estruendoso. Los sucesos son idénticos. En *La Historia de la República Romana* (Arturo Rosemberg), encontramos la narración que sigue: «A partir del año 146, todo el Mediterraneo, desde Portugal hasta Grecia, hallábase bajo la dominación romana. Para Italia este poderío universal constituyó sobre todo un magnífico negocio. Por doquiera afluía el oro hacia el Tíber... El dinero empezó a circular y en pocas generaciones llegó a ser Italia el país más rico del mundo.»

Es oro, todo el oro del mundo, es lo que se ha vaciado sobre las arcas de los Estados Unidos. Y con él cimientan la expansión sobre el Caribe y más allá del Caribe, sobre la América entera. ¿Cuál de estas patrias nuestras puede decir que esta limpia de la imperialización norteamericana? Todas son tributarias del oro que vomitan las bóvedas de los banqueros yanquis. Éstos lo hacen fluír libremente, como lo hizo fluír Italia. El mismo Rosemberg dice: «Los romanos llevaron luego sus capitales a las provincias, y cuando, por ejemplo, un municipio griego no podía pagar, además de sus tributos, se encontraba ahora en la necesidad de pagar los usurarios intereses que su acreedor le exigía despiadadamente. Érale preciso recurrir a un nuevo empréstito, que obligaba al pago de nuevos intereses. De este modo se creó una situación inextricable que acabó con la prosperidad del pueblo griego. Roma absorbió, como una esponja, todo el dinero, todos los tesoros y valores existentes en el territorio sometido a su poder.» En nada se diferencian estos pueblos de aquellos que su destino desgraciado convirtió en provincias romanas.

Toda la visión de quienes guían no va más allá de procurar una prosperidad engañosa, falaz y llena de los peligros mayores para la vida de libertad e independencia. ¿Cómo viene esa prosperidad? Con los préstamos obtenidos de los banqueros yanquis. El oro llega, pero no a correr aventuras, sino a cumplir un plan perfecto de dominio. Por esto los prestamistas de la Roma actual escogen e imponen las garantías que nuestros países deben dar a su oro. Y como lo que interesa es el préstamo, nada contiene la cesión de cuanto recurso económico tiene a su disposición el que implora. De esta manera cada país de la América nuestra ha ido poco a poco dependiendo de la voluntad del banquero yanqui, influída, como lo afirma Waldo Frank, por la política del Departamento de Estado.

Esa política impulsa también las inversiones hechas por las compañías norteamericanas en toda suerte de explotaciones. Saben los que moldean el nuevo Imperio que una organización que se adueña de las rutas aéreas, de la electricidad, de las tierras, de las instituciones bancarias, de los medios de transporte en general, es un medio eficaz que la conquista debe estimular y amparar. Con préstamos de banqueros y con inversiones de compañías van los Estados Unidos realizando la imperialización de todos estos pueblos. Una vez que la inversión y el préstamo se han consumado, aparece la fila de marinos como respaldo. Ningún pueblo de los nuestros escapa a la presión del marino. Ningún pueblo del Mediterráneo se vió libre del soldado romano. El oro que aquéllos y éstos dieron no ha redimido de calamidades. Tanto los municipios griegos como las repúblicas de América sólo recibieron ruina con los préstamos. El mismo designio animado de vasallaje ponían los banqueros romanos y ponen los banqueros yanquis. Agotado un préstamo, consumido sin provecho, el resultado natural es la consecución de otro para hacer frente al anterior. En esa cadena van atando su independencia y su libertad los pueblos. Al final se encuentran empobrecidos, frente a una realidad sin el espejismo de la prosperidad pregonada. Los préstamos son asi la maldición. Pero son también para la nación que los hace el medio seguro de expansionarse.

Y los Estados Unidos no quieren sino la expansión, el dominio ejercido sobre los países de la América Hispana. Conocen como somos de fáciles al halago de los empréstitos, cómo no miramos sino la prosperidad presente, cómo entregamos por la comodidad del momento todo lo que constituye la esencia de nuestra vida decorosa. Aprovechan ese carácter descuidado y con ayuda de la gente que gobierna van reduciéndonos al vasallaje, van aplicándonos los mismos procedimientos que Roma aplicó al Mediterráneo y más allá del Mediterráneo. Waldo Frank acusa la imperialización del Caribe, pero ella no es sino parte pequeña de la gran imperialización de nuestra América. El oro que ha afluido a los Estados Unidos necesariamente busca esa imperialización. Y estos pueblos la van sufriendo sin que por ningún horizonte se perfile la defensa. Por el contrario, en cada uno de ellos lo que destaca es el ciudadano con ansias de entregarlo todo, de hacer más humillante su condición de tributarios de la nación imperialista del Norte. Parece repetirse fatalmente el destino de las provincias que Roma acaparaba. Nos van arruinando, nos van volviendo colonia con el poder del oro acumulado por fuerzas de dominio. No podemos atribuir la perdición exclusivamente a los gobiernos que piden prestado para despilfarrar. La responsabilidad es común. Tales gobiernos no serían posibles si hubiera pueblos vigilantes. Pero lo que en general vislumbra quien ponga la mirada por encima del panorama de América, es gente abúlica, confiada en las habilidades de aquellos que gobiernan, de aquellos que ejercen el comercio, que son dueños de la banca y de los negocios todos. Esta casta vive preocupada de una prosperidad ficticia. De ahí que mire con indiferencia la atención de ciertos principios que piden no comprometer a un país con préstamos ni con concesiones.

Para esa casta lo de interés es que circule dinero, es poner a producir todas las riquezas naturales de un país sin reserva ninguna. Y como sólo el extranjero del Norte es capaz de aventurar su dinero en empresas de tal naturaleza, al extranjero del Norte se entregarán las riquezas.

¿Qué vamos haciendo con nuestra conducta blanda? Vamos sirviendo a los designios imperialistas, vamos imperializándonos, que es el término empleado por Waldo Frank.

Juan del Camino

Cartago y enero del 31.

Ganímedes

= Envío del autor. =

PERSONAJES:

TROS, Rey de Dardania } padres de Ganimedes.
CALIROE, la Reina }
GANIMEDES, hijo de Tros y Calíroe y el más hermoso mancebo de Grecia.
TANTALO, Rey de Sipilo, enviado de Zeus.
PLACIA, joven enamorada de Ganimedes, biznieta de Teucro.
ZEUS, convertido en águila para robar a Ganimedes.

CORO DE NINFAS Y NAYADES.

La acción se desarrolla en los tiempos legendarios de Grecia.

GANIMEDES

La escena se desarrolla en Dardania, al pie del monte Ida, en el Asia Menor, país fundado por Dardano, abuelo de Ganimedes. A la derecha se distingue la entrada del palacio real, en el fondo el monte Ida, a la izquierda un bosquecillo. Ganimedes y Tántalo conversan tendidos sobre el césped. Es de noche; la luna derrama los esplendores de un hermoso plenilunio y múltiples estrellas aparecen en el cielo de color azul profundo.

ESCENA I

Ganimedes, Tántalo.

Ganimedes.—*La luna es como un ampo de plata refulgente,*
como una perla núbil que arrastra la corriente.

Tántalo. —*No mires a la luna, que la luna es traidora;*
tiene la palidez de nácar de la Aurora,
mas produce en el alma curiosas embriagueces...
No mires a la luna.

Ganimedes.— *¡Oh los negros cipreses!*
Sus sombras se destacan en las blancas llanuras
cual ojos esculpidos en albas esculturas...

Tántalo. —*No mires a las sombras, nocturnos coribantes*
que imitan de la muerte los gestos anhelantes.
No mires a las sombras.

Ganimedes.— *Las fúlgidas estrellas*
parecen coro sacro de jóvenes doncellas,
que encienden en la noche la luz de sus fanales
para mecerse al ritmo de danzas siderales...

Tántalo. —*No mires las estrellas, dan sed de lo infinito!*

Ganimedes.—*Mirarlas quiero al punto, mirarlas de hito en hito,*
vagar entre sus lumbres, cruzar el ancho espacio,
llegar a los umbrales del inmortal palacio,
donde las sacras Musas en esplendente coro
agitan sus panderos y citaras de oro.
Las flores me han brindado sus cálidos aromas,
frescura los follajes y arrullo las palomas.
Al son de los acordes del dulce caramillo,
sobre la verde gama do pace el corderillo,
cabe las ricas galas del trémulo boscaje
que incendia con sus fuegos el oro del celaje,
he visto de las ninfas la danza primorosa,
de náyades desnudas la piel color de rosa,
el rápido revuelo de faunos embriagados
con el jugoso zumo de néctares dorados,
y al borde de las fuentes nimbadas de colores
decirse mil ternezas, contarse mil amores,
probar en labios rojos la miel del Himeneo
que incitan y enardecen las fiebres de Lieo.
Todo esto palidece mirando a las estrellas,
¡oh lirios impolutos del firmamento! Ellas
diría que me hablan de goces más serenos
que los salvajes goces de ninfas y silenos...
¿Qué sensación es ésta? ¿Qué anhelos y ansiedades
inflaman mi alma entera con nuevas claridades?

Tántalo. —*Escucha, Ganimedes. Yo soy aquel que un día*
el cetro de Sipilo llevó con gallardía,
hijo de Zeus y Plutó, soy inmortal. No obstante,
comparto con los hombres la vida trashumante.
Nacido en un palacio para reinar, no peino
las canas que producen el gobernar un reino;
que Júpiter, mi padre, torciendo mi camino,
del rey hace un esclavo, del dios un peregrino;
quitándome tesoros me cumple su promesa:
hoy como los mendrugos de su dorada mesa.
Asisto a los concejos de dioses y de diosas,
conozco bien a fondo sus almas rencorosas,
sus íntimos secretos, intrigas y temores,
la fuerza de sus armas y el fin de sus amores.
Pero, ay! ¿para qué quiero vivir entre deidades
si a todo instante temo sus locas veleidades?...

Ganimedes.—*Oh Tántalo, no sigas. Tu cruel melancolía*
quebranta de la noche la plácida armonía.
Los vientos han plegado sus alas sonorosas,
hay música en los cielos, hay música en las cosas;
vibrar parece todo como una inmensa lira
que canta en cada estrella y en cada flor suspira.
Y mientras tiembla todo con ansias de infinito,
elevas tú en la noche tu discordante grito.
Te quejas de los dioses que dan esta hermosura,
que dan belleza y gloria y encanto a la Natura.
Porque ellos han amado con un amor profundo
los seres fugitivos que habitan este mundo,
porque en remotos pueblos e incógnitas edades
dejaron algún sello de sus divinidades,
nacieron con los reyes gloriosas dinastías
que aún cantan los rapsodas en sacras melodías,
los héroes realizaron sus ínclitas hazañas
en mares procelosos, abismos y montañas,
y el hombre, poseyendo la luz de la sapiencia,
penetra los misterios del arte y de la ciencia.
Del orto y del ocaso la pompa iridiscente
los trémulos cristales de la ondulada fuente,
la espuma de los mares en copas de esmeraldas,
de bosques rumorosos las húmedas guirnaldas,
el nido de las aves y el cáliz de las flores,
han visto de los dioses los férvidos amores.
Por eso en toda cosa hay algo de divino,
de santo y armonioso, de bello y peregrino.
Y tú, mientras te asientas en la eternal morada,
conservas en la tierra tu alma aprisionada;
suspiras por tu reino, tu cetro y tu decoro,
cambiando por el barro la esplendidez del oro.
¿No ves cómo yo aspiro, desde estas soledades,
mirar el sacro rostro de las divinidades
y me parece que oigo su melodioso acento
en el trinar del ave y en el cantar del viento?...

Tántalo. —*Oh pobre Ganimedes! La fiebre está en tus venas;*
presiento de tu sino las innombrables penas.
Hijo de Tros, escucha.

Ganimedes.— *No quiero ya escucharte.*

Tántalo. —*Atiende mis palabras.*

Ganimedes.— *Suplícote callarte.*

Tántalo. —*Pues bien, si tú lo quieres, me callaré. Mas vengo*
de parte del dios Zeus, y entre mis manos tengo
la clave de tu sino. Propúseme advertirte...
Mas ¿para qué?... Estás sordo. No más quiero decirte.

Ganimedes.—*¿Qué son esos enigmas? ¿Qué son esos mensajes?*

Tántalo. —*Ayer estaba Zeus tendido entre celajes*
de ópalos purpúreos y sílices dorados
con broches de carbunclos y jaspes delicados;
la luz deslumbradora del rayo rutilante
dormía en sus regazos cual vívido diamante
y el águila, entreabriendo sus emplumadas galas,
mostraba en una nube la pompa de sus alas.
Bajo su negra barba sonría el Prepotente,
la calma más augusta pintábase en su frente,
el brillo de sus ojos manaba tal dulzura
que cuanto él veía llenaba de hermosura.
Y los eternos dioses, en grupos esparcidos,
al hijo de Saturno miraban complacidos.
Entonces, dulcemente, con gesto zalamero,
cual tórtola amorosa que busca al compañero,
la Reina del Olimpo presenta en rica copa
el néctar que ha tocado su perfumada boca
a Zeus, quien lo apura sonriente de alegría
y ordena que a los dioses se vierta la ambrosía.
Hebé, la muy hermosa, sus cráteras alista
y en copa de topacio y en copa de amatista,
sirviendo iba a los Dioses; mas ¡ay! que de repente,
su planta sigilosa deslízase imprudente
y al pie del Soberano cayó dando alaridos,
en actitud indigna.... Los dioses conmovidos

defienden de la joven la cándida inocencia...
El iracundo Zeus se niega a la clemencia.

Ganimedes.—*Mi corazón solloza de angustia al escucharte*
y con preguntas necias no quiero molestarte.
Lo que tu padre ha hecho produce ejecutoria...
Mas, dí, ¿por qué me cuentas esta doliente historia?

Tántalo. —*Cuando asomaba el Alba sus dedos sonrosados,*
de ricas pedrerías y gemas adornados,
y en el sublime alcázar los pájaros cantores
sus melodiosos himnos gorjeaban entre flores,
abriendo las cortinas de su mullido lecho
me dijo el Prepotente, con aire satisfecho:
"Las faldas del Olimpo desciende presuroso,
escoge en mis establos el potro más brioso
y anda, corre, vuela, si es que volar tú puedes,
al reino de Dardania do mora Ganimedes.
El es mi predilecto. Me place su belleza,
su alma sensitiva, su cándida pureza.
Le nombro mi copero, mi escanciador divino;
y si su padre fuese adverso a su destino,
ordena a Ganimedes que al despuntar el día
apure de este cáliz las gotas de ambrosía".
Así me habló el Excelso y en la cerúlea frente
temblaron sus cabellos cual lumbres del Oriente.
Se estremeció el Olimpo. En vuelo desalado
salvé del mar Egeo el piélago rizado.
He aquí por qué he venido. He aquí la rica copa
y ojalá que nunca la lleves a tu boca. (Vase)

ESCENA II

Ganimedes, besando con frenesí la copa.

Ganimedes.—*Oh éxtasis divino... ¿Qué tiene mi garganta*
que en notas no convierte lo que mi pecho canta?...
Gritar quiero y no puedo. Mi alma siente frío.
Mis pensamientos huyen... ¿Acaso desvarío?
Tengo los huesos húmedos y el corazón en llamas...

(Canta en la lejanía el ruiseñor)

¿Qué voz oigo en la noche? ¿Por qué mi nombre aclamas?
¡Divino Ganimedes! ¡Divino Ganimedes!
Me envuelven esas voces en impalpables redes...
Recuerdo ya. Es de Procne la lengua melodiosa
que canta en lo más hondo de la montaña umbrosa.
¡Divino Ganimedes! ¡Mi nombre han repetido! (Vase)
¡Divino Ganimedes!

(Placia sale del palacio real y corre tras la sombra fugitiva de su amado. No pudiendo alcanzarle se detiene al pie de una encina en el bosquecillo de la izquierda. Va vestida de blanco y su figura se destaca en la sombra).

Placia. — *Se fué, se fué; se ha ido....*

ESCENA III

Placia, Tros y Caliroe.

Canta en la lejanía de nuevo el ruiseñor. Tras un breve lapso aparece Tros conduciendo de la mano a Caliroe; ambos permanecen silenciosos a la entrada del palacio, iluminada en el interior por la luz amarillenta de moribundos hachones.

Tros. —*Es ya la media noche. Los pálidos hachones*
se apagan ante el brillo de las constelaciones
y lamen las paredes con lumbre mortecina.
En esta dulce calma, bajo la noble encina
que allende nos presenta su sombra hospitalaria,
de muchas confidencias te haré depositaria.
Fue allí donde una tarde, quizás la más dichosa
de toda mi existencia, juraste ser mi esposa.
Por eso nuevamente la busca mi desvelo,
tomando por testigo la inmensidad del cielo;
y así sus verdes ramos cobijarán prolijos
mi amor por Caliroe, mi amor para mis hijos.
Pues bien, cuando Dardano dejando Samotracia...

Caliroe. —*¿No ves ahí una sombra?*

Tros. — *¡Por Júpiter! Es Placia,*
la joven de cabellos color de oro fundido.
Ven hacia acá, hija mía.

Placia. — *Se ha ido, sí, se ha ido...*

Caliroe. —*¿Qué son esos lamentos? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?*

Placia. —*Partió; me lo han robado.*

Tros. — *¿Qué pérdida deploras?*

Placia. —*A él, a Ganimedes, la luz de mi existencia.*

Tros. —*¿Qué dices, desdichada?*

Placia. — *Perdonen la imprudencia*
que mi dolor comete, mostrando los secretos
que a pechos valerosos parecen indiscretos.
Tan sólo sé que tengo amor por Ganimedes,
si bien no fuí acreedora de todas sus mercedes.
Ya que mi débil lengua contó mis desvaríos,
mejor es que os confiese mi amor y sus desvíos,
y cómo le he querido desde mi tierna infancia,
y cómo en su cuidado mostréle mi constancia.
De aquestos aledaños jardines rumorosos,
cogiendo nidos de aves y frutos olorosos,
ora mirando el vuelo de cándidas palomas,
ora trenzando flores de exóticos aromas,
ya tras los ricos jaspes de alguna mariposa,
ya tras el escondido rubor de alguna rosa,
crecimos siempre juntos y juntos disfrutamos
de todas las bellezas que por doquier hallamos.
Pero él sólo quería la luz de la Natura
y yo sólo quería la luz de su hermosura.
A fuerza de quererle le dí mi vida entera,
mas ¡ay! que para Placia su juventud no era...
Recuerdo que una tarde, cogiendo mis cabellos,
un beso apasionado dejó prendido en ellos
y cuando mi cariño mostrábase en sonrojos,
miréle, y sólo había nostalgias en sus ojos.
"Tu cabellera es de oro—me dijo sonriente—
parece los reflejos de un cálido poniente;
o bien los áureos rizos de Ceres Eleusina
que ofrenda en los trigales su dádiva divina".
¡Besaba en mis cabellos la tarde esplendorosa;
besaba en mis cabellos los rizos de la Diosa!
Y así, desde ese día, le adiviné su anhelo:
vivía en esta tierra muriendo por el cielo...
Perdonen de mis quejas la confesión horrible
y que ante vuestros ojos mi amor haga ostensible.

(Se arrodilla ante Tros y Caliroe)

Postrada a vuestras plantas, aguardo vuestro fallo
y busco entre vosotros lo que buscando no hallo:
amor, piedad, consuelo.

Tros. — *Levántate, hija mía,*
y vuelva a tu semblante la plácida alegría.
Nada he de reprocharte. Tu corazón valiente
que sufre los rigores de un amor inocente,
indigno no es de elogio... La gloria de tu casa
quizás si de la mía la gloria sobrepasa.
De mi amorosa madre la tuya era sobrina;
por eso a tus deseos mi corazón se inclina.
Enjuga entre mis brazos las huellas de tu llanto,
recobren tus mejillas su juvenil encanto,
y Caliroe conmigo tu frente sellaremos
en prenda de la alianza que en este instante hacemos.

(Tros y Caliroe besan a Placia)

Placia. —*Escucha, padre mío....*

Caliroe. — *Pero ¿aún estás llorando?*

Tros. —*¿Qué nuevo mal te aqueja?*

Caliroe. — *¿Sollozas todavía?*

Tros. —*¿No te hallas satisfecha de hacer nuestra alegría?*

Caliroe. —*Oh niña candorosa; ya sé lo que te ocurre.*
Mi corazón de madre por el tuyo discurre.
Tú crees que Ganimedes acaso no te ama
porque en sus ojos nunca de amor viste la llama.
¿No sabes que los hombres a la emoción despiertan
más tarde que nosotras? Sus pechos se conciertan
en pos de otros ideales; ya quieren ser soldados,
artistas o poetas o reyes afamados,
ya sueñan en navíos cruzar los anchos mares
volviendo victoriosos a los paternos lares,
o buscan que los dioses les colmen de favores
o a sueños imposibles consagran sus ardores.
¿No sabes que todo eso, cuando los tiempos llegan,
en nuestras dulces manos solícitos entregan?

Placia. —*Pero es que...*

Tros. — *No prosigas; bastante has escuchado*
para sentir de nuevo tu corazón calmado.

Te juro por mis canas que a la segunda aurora
serás de Ganimedes legítima señora.

(Plácida quiere de nuevo interrumpir al Rey, pero se detiene ante su gesto de mando).

Tros. —*Venid, pues, hijas mías. Sentaos a mi vera.*
La hora es avanzada y el lecho nos espera.

(Tros se sienta en un tronco de árbol, al pie de la encina junto a la cual se hallaba Placia. Las dos mujeres se sientan a su lado).

Tros. —*Es bueno que reanude mi interrumpida historia*
y os cuente de mi casa la venidera gloria.
Pues bien, cuando Dardano dejando Samotracia,
confiado en un madero, lloraba su desgracia,
en un dorado sueño revélale el Destino
de sus futuros triunfos el esplendente sino.
Del mismo modo, anoche, después de haber cenado,
pensando en los asuntos urgentes del Estado,
sentí que de mis ojos se apoderaba el sueño
y que mi faz bañaba dulcísimo beleño.
No sé por cuánto tiempo permanecí dormido;
sí sé que los arcanos del tiempo he sorprendido,
pues mis internos ojos, en mágicas regiones,
tuvieron de mi raza proféticas visiones.
Primero ví una cueva al pie del Monte Ida,
de pardos aguiluchos altísima guarida,
y en ella había tres huevos. El uno parecía
un coágulo de sangre que al sol resplandecía,
el otro como un astro sujeto en mallas de oro,
y el último una perla con lumbres de meteoro.
Al punto de esos huevos tres águilas salieron
que con potentes alas el firmamento hendieron.
La del rojizo huevo, volando presurosa,
salvó del monte Etna la cumbre pavorosa
y luego descendiendo desde el luciente espacio
clavó sus fuertes garras en la región del Lacio.
Y por el horizonte un ígneo dedo asoma
que escribe en grandes letras esta palabra: Roma...
La del huevo de oro, bajando el Monte Ida,
en estos mismos valles detuvo su caída
y con su curvo pico desentrañó en la tierra
una ciudad potente que al universo aterra.
Entonces de los cielos gritó una voz lejana:
"Es ésta la bendita, la gran ciudad troyana"...
Por fin, del huevo blanco rompiendo la envoltura,
un águila de nieve subió radiante y pura,
agujereando el éter con raudo movimiento,
veloz como una paja que corre sobre el viento.
Cayó celeste lluvia, los valles se inundaron,
las tierras fecundadas un cántico entonaron
y oíase una estrofa mil veces repetida:
"Es el Dador de Vida! Es el Dador de Vida!"....

Caliroe. —*¿Qué quieren esos signos decir, amado dueño?*

Tros. —*Aguarda Caliroe... Después tuve otro sueño*
que todo lo explicaba. Un venerable anciano
revela a mis preguntas el misterioso arcano.
Me dijo que del sueño las águilas caudales
daban de mis tres hijos clarísimas señales:
la gloria de Asaraco, de Ilo la prudencia,
del bello Ganimedes la cándida inocencia.
Que del primero de ellos un nieto fundaría
en las lejanas tierras donde se oculta el día,
la gran ciudad de Roma. Que del segundo hermano
un hijo valeroso sería el soberano
de la ciudad de Troya. Pero dejó en misterio
del dulce Ganimedes el celestial imperio...
¿Qué representa el águila por el cenit perdida?
¿Por qué llovió del cielo? ¿Qué es el Dador de Vida?
Por eso al despertarme con afanoso empeño
te traje a estos jardines para contarte el sueño.
¿Qué piensas? ¿Qué adivinas? ¿Qué mérito concedes
a todas estas cosas? ¿Qué crees de Ganimedes?

(Placia da un grito de dolor y se arroja sollozando a los pies de Tros).

Placia. —*¡Ay! ¡Ay! Horrendo abismo prepárame la suerte.*
¿Por qué no hallo en tus brazos consoladora muerte?
Ay, padre, padre mío! Tu sueño pavoroso
penetra en mis entrañas como un puñal filoso.
Mil muertes son más dulces que todo este martirio,
que toda esta agonía, que todo este delirio!...

Tros. —*¿Qué sierpe emponzoñada de pronto te ha mordido?*
¿Qué quieren esas voces significar? ¿Qué ha sido?

(Caliroe levanta del suelo a Placia y la acaricia tratando de calmarla).

Caliroe. —*Serénate, hija mía, y dí lo que te pasa.*
Tu amargo sufrimiento mi corazón traspasa.

(Placia serenándose)

Placia. —*Señor, ahora comprendo la voluntad divina.*
Del dulce Ganimedes la muerte se avecina...
No es en excelsas cumbres donde su reino espera;
su reino es en las sombras donde Plutón impera.
Ahí donde Tanatos de corazón de hierro
defiende las entradas del infernal encierro
y braman roncamente las aguas de Aqueronte
que atraviesa la barca del avaro Caronte.
Ahí donde cohabitan en confusión horrible
el Duelo, el Hambre, el Miedo y la Vejez temible.
Ahí donde silbando vomita la Quimera
sus llamas pavorosas y la Gorgona espera
sus renovadas víctimas y las hórridas Furias
vengando a los mortales apagan sus lujurias.
¡Oh sombras espantosas que nublan mis sentidos
y arrancan de mi pecho frenéticos gemidos!

Tros. —*Mas dí, ¿cómo has podido tejer estas leyendas?*

Placia. —*Diréto, señor mío; y a fin de que me entiendas*
lo que mis ojos vieron te contaré al instante.
Salía del palacio en busca de mi amante,
cuando escuché a lo lejos dos voces que porfiaban
y ví que sobre el césped dos sombras se agitaban.
Era una Ganimedes, la otra un extranjero
de talla majestuosa y de mirar severo.
No sé lo que se hablaban. No sé lo que dirían.
Los vientos caprichosos tan sólo me traían
fragmentos de palabras, murmullos y sonidos.
Mas a la argéntea lumbre del celestial lucero,
yo ví que de su manto sacaba el extranjero
un vaso reluciente que mis pupilas ciega
y que a mi Ganimedes con prontitud entrega.
El extranjero fuése y Ganimedes toma
en sus divinas manos la divinal redoma;
llevándola a sus labios su contenido apura
y corre por sus miembros frenética locura.
Y ví cómo sus ojos atónitos abría,
y ví cómo su rostro la palidez cubría
y oí cómo su boca de música embriagada
"Divino Ganimedes!" decía embelesada.
Mi pobre Ganimedes corrió por ese valle... (señalándolo)
Quizás, quizás ahora su espíritu se halle
en los oscuros antros del reino de la muerte,
contento de su sino, gozoso de su suerte;
porque él odiaba siempre la terrenal hondura,
porque él amaba siempre la celestial altura.
Esta es de tus visiones el águila nevosa
que vuela a los confines de la región dichosa.
Ya vés, él ha partido; ya vés, me lo han robado.
Mi único tesoro, señor, me lo han quitado.

(El Rey y la Reina escrutan el valle por donde Placia les señala que ha partido Ganimedes).

Caliroe. —*Ven, adorado esposo; es preciso buscarle.*

Tros. —*Corramos presurosos; debemos encontrarle.* (Vanse)

ESCENA IV

Placia (sola)

Placia se dirige desfalleciente hacia el palacio y subiendo las gradas del atrio, dirige desde ahí este apóstrofe a los Dioses infernales.

Placia. —*Oh Dioses infernales que cruzáis el Cocito,*
oíd de mis plegarias el suplicante grito.
En esta horrenda noche vuestra presencia evoco
y con salobre llanto vuestro poder invoco.
Si ha muerto Ganimedes dejad que yo le siga
y que en el negro Tártaro su espíritu persiga,
hasta verle, y gozar de su amada presencia
que es gozo y hermosura y luz de mi existencia.
Mas si acaso no ha muerto, dejádme que yo muera
y así tendré la dicha de llegar de primera...
Estoy pronta a seguiros; conducidme en seguida;

para juntar mi sombra con su sombra querida
y aguardarle temblando de amores y ternuras
del furioso Aqueronte en las playas oscuras...

(Placia, delirante, se deja caer desde las gradas del atrio).

ESCENA V

Ganimedes, Placia.

Ganimedes entra por la izquierda llevando entre sus manos el celeste cáliz, que resplandece como si tuviera luz propia. Parece como si estuviera poseído todavía del delirio sagrado. Avanza lentamente hacia el centro de la escena. Levanta la copa a lo alto y luego la besa. En ese instante distingue a Placia desmayada y cubierta de sangre. Corre hacia ella y la sostiene sobre sus rodillas.

Ganimedes.—*Pareces una virgen vestida de alborada,*
semejas una luna sobre el mar recostada,
pareces los armiños de una cándida pluma,
semejas un lucero sobre un nido de espuma.
Tu rostro es como crátera de pálido alabastro
cuyo esplendor cobija la claridad de un astro.
Tu frente la pintaron aljófares de estrellas;
tu boca los rubores de púdicas doncellas;
tus grandes ojos glaucos de lumbre misteriosa
se duermen bajo el nácar de párpados de rosa;
cascadas de oro puro semejan tus cabellos
en donde el sol enciende la luz de sus destellos;
y tus ebúrneas manos irradian en las cosas
fulgores inocentes y lumbres amorosas...
¿Qué es esto que mi mano sobre tu cuello toca?
¡Oh Júpiter! Es sangre que mana de tu boca.
¿Qué espíritu alevoso con llanto de rubíes
manchó de tu garganta los suaves alelíes?
¿Quién borra de tu rostro la aurora sonrosada?
¿Quién sella de tus labios la fuente perfumada?...

(Placia abre los ojos y distingue a su amado)

Placia. —*Eres tú, Ganimedes?... Mis ojos te confunden....*
Por fin nuestras dos almas en un amor se funden,
como en un mismo valle los vientos del estío,
como en un mismo cáliz las gotas de rocío.
¡Oh contemplar tu frente serena y pensativa!
¡Oh contemplar tus ojos de llama siempre viva!
¡Sentir entre tus manos mi frente aprisionada!
¡Sentir junto a mi boca tu boca embalsamada!
¡Oír de tus palabras la concha de armonía
que vierte en mis oídos celeste melodía!
¿Quién puede de mi alma medir los esplendores?
¿Quién puede el embeleso medir de mis amores?
Sólo tú que me brindas el frescor de la palma.
Sólo tú que me llenas de perfumes el alma.

Ganimedes.—*Tu voz es como el ave que anuncia a las auroras*
la danza cadenciosa de las divinas Horas,
como de las Libétrides el unísono canto
que derrama en las cumbres su melódico encanto.
Se parece al susurro de la fuente sagrada,
a la flauta Siringa en la selva encantada,
a las arpas eólicas en los bosques umbríos,
a gorjeos de aves y a rumores de ríos.
Tiene ricos y cálidos y amorosos acentos,
y murmullos y arrullos y suspiros de vientos.

(Plácida se queja)

Ganimedes.—*¿Por qué causa tu canto se transforma en sollozo*
y en un rictus de pena la sonrisa del gozo?

(Volviendo a darse cuenta de que Placia está herida)

Ganimedes.—*¿Por qué baña tu sangre con sus rojos corales*
tu cuello?

Placia. — *Dí ¿mi sangre?*

Ganimedes.— *¿Y tus ropas nupciales*
de licor escarlata las contemplo teñidas?
Voy a traer ungüento y a curar tus heridas.

Placia. —*No vayas, sí, no vayas. La voz con que me nombras,*
tu alarma y mis dolores revelan que en las sombras
del Erebo profundo no moro todavía.
¡Y yo que por seguirte gozosa me moría!...
Mirando que apurabas ese cáliz dorado,
creyendo que bebías licor emponzoñado,
quise entonces contigo en la muerte encontrarme
y en las playas eternas con tu sombra juntarme.
¡Oh falaces engaños que la suerte prepara!
Lo que pudo juntarnos nos desune y separa.
Tú vives y yo muero. Misterioso destino...
Jamás podrá mi planta marchar por tu camino.

Ganimedes.—*No llores, no lamentes tu suerte, dulce Placia;*
te vas a los jardines de sempiterna gracia.
Ahí donde Natura sonriente se extasía
ante las claras lumbres del amoroso día,
y los eternos bosques cubiertos de esmeraldas,
renuevan los retoños que mecen sus guirnaldas,
y a las risueñas fuentes que corren rumorosas
los pájaros responden con arpas melodiosas.
Ahí donde los vates en odas celestiales
celebran de los héroes los hechos inmortales,
y fluyen del Leteo las linfas silenciosas
lamiendo las encinas, los mirtos y las rosas,
y donde todo es calma, reposo y armonía,
crepúsculos de ensueños y copas de alegría.
No tiembles, compañera, que si pudiera hoy mismo
del Tártaro profundo cruzaría el abismo...
Pero voy a otras cumbres de mayor excelencia,
de los dioses reinantes gozaré la presencia.
Miraré de sus rostros la belleza riente
que perfuma los huertos, la montaña y la fuente,
que hace santo, armonioso y radiante este mundo
y en el hombre penetra con aliento fecundo.
En sus copas divinas verteré la ambrosía
y llenando sus copas verteré la alegría.
Y en mi néctar el gozo de sus almas daréles
y en su gozo supremo crecerán los vergeles,
tendrán miel las abejas y los ríos rumores
y cosechas la tierra y las selvas verdores.
¡Oh la máxima ofrenda de ser uno instrumento
para dar a los mundos esplendor y sustento!
¡Oh tener en las manos la nutricia bebida;
ser Dador de la Vida, ser Dador de la Vida!
La copa que tú viste no guardaba veneno;
el néctar de los dioses agítase en su seno.

(Levanta con sus manos la copa para que la vea Placia)

Ganimedes.—*Contémplala en mis manos.... ¡Parece un sol radiante!....*
Pues bien, si no consigue mi ruego suplicante
persuadir a mis padres, cuando despunte el día,
beberé de sus oros las gotas de ambrosía.

Placia. —*Bebe el licor sagrado. ¿Qué importan mis anhelos,*
mi amor y mis dolores, mi muerte y mis desvelos?
¿Qué soy ante tu vista sino una débil planta,
una hoja que vuela, una fuente que canta?
Ya vés, por ti moría creyendo conseguirte
y en lazos eternales a mi destino unirte.
Todo fué una demencia. Cuanto más te acercaba,
cuanto más te atraía, tanto más te alejaba.
¡Cuán débil soy ahora! ¡Cuán pobre mi constancia!
Que de la Tierra al Orco no media tal distancia
como separa, ¡oh dioses! mi vida de tu cielo.
No tienen ya mis alas poder para ese vuelo...
Ven muerte, sume ahora mi pena en el Averno. (1)
Te amo, Ganimedes, con un amor eterno.

(Placia expira en los brazos de su amado)

ESCENA VI

Ganimedes, Coro de Ninfas y Náyades.

Comienza la alborada. Se escuchan murmullos de pájaros en la selva. El cielo se aclara poco a poco. Ganimedes conduce el cuerpo de Placia al pie de la encina y lo llena de flores. Entran bailando varias grupos de Ninfas, cubiertas de velos blancos, que agitan en el aire como si fueran los vellones de una neblina. A medida que va iluminándose la escena, las Ninfas arrojan sus velos y aparecen vestidas de variados colores.

---

(1) La palabra "Averno" pertenece a la mitología latina, pero el autor ha hecho uso de ella porque "infierno" no sugiere la idea que ha querido evocar. Asimismo se excusa de haber empleado la palabra "Júpiter" en vez de "Zeus", forzado por las exigencias del verso. Los eruditos encontrarán que Placia no aparece en la leyenda de Ganimedes; es creación del autor para darle un interés dramático a este poema.—J. B. A.

Primer grupo de Ninfas

Vinieron ya las brisas de rostros virginales,
trayendo entre sus alas frescores matinales.

Segundo grupo de Ninfas

Las nieblas vaporosas cual húmedos vellones
sacuden sus melenas y agitan sus crespones.

Tercer grupo de Ninfas

Con tímidas caricias las gotas de rocío
recubren los ramajes de un líquido atavío.

Cuarto grupo de Ninfas

Saltando entre las ramas los pájaros cantores
despiertan sus polluelos, celebran sus amores.

Quinto grupo de Ninfas

En lagos de zafiro se pierden las estrellas
dejando en las fontanas un polvo de centellas.

Coro de Ninfas

Bailemos compañeras con ritmo de alborozo;
resuene en las praderas el crótalo del gozo.
Cantemos de alegría. Cantemos de alegría.
Apunta ya la aurora. Ya viene un nuevo día.

Ganimedes viene al centro del escenario. Un rayo de luz ilumina la cumbre del monte Ida. Ganimedes saluda el sol con la copa divina, luego la apura. Su cuerpo se va llenando de luz cada vez más intensa. Se apodera de él una especie de furor sagrado y se entrega a una danza que culmina en un verdadero frenesí. Mientras tanto varios grupos de Náyades entran bailando, van vestidas de trajes plateados y mueven sus velos de vivísimos colores. Las Ninfas se retiran al fondo y permanecen inmóviles como las figuras de un friso antiguo.

Primer grupo de Náyades

La copa de los cielos se llena de colores,
de azules manantiales y verdes esplendores.

Segundo grupo de Náyades

Alumbran el oriente mil joyas de topacio
que funde en sus crisoles el fuego del espacio.

Tercer grupo de Náyades

Jardín de la Hespérides semeja el ancho cielo
y cubre las colinas anaranjado velo.

Cuarto grupo de Náyades

La sangre del celaje derrama sus rubíes
de rojos escarlatas y rojos carmesíes.

Quinto grupo de Náyades

Trasponen ya las sombras los bordes de occidente,
por fin el sol enseña su faz resplandeciente.

Coro de Náyades

El sol vence a la noche. Las pálidas estrellas
borraron del espacio sus titilantes huellas.
Huyó la última sombra. La luna palidece.
¡La claridad ya sube! ¡La claridad ya crece!

Las Náyades se reúnen con sus compañeras las Ninfas. Ganimedes termina su danza en el centro del escenario. En su mano derecha sostiene la divina copa. Su cuerpo se llena de luz más intensa y a medida que ésta aumenta se hace más fuerte el canto del Coro hasta terminar en un himno de gloria.

Coro

Cantemos de la Lumbre los dones regalados,
con danzas vaporosas, con himnos concertados.
Allá en remotos tiempos, cuando nacía el mundo,
juntóse con la Noche el Erebo profundo
y Hemeros aparece, la luz del claro Día,
llenando de fulgores la soledad vacía.
Oh hijo de la Noche, Señor del Firmamento,
efunde en nuestro canto tu celestial aliento.
Tú creas y destruyes, tú das la inteligencia,
tú das el movimiento, el ritmo y la cadencia.
Inspira nuestras mentes, conduce nuestra danza,
levantén nuestras voces el peán de tu alabanza.
De la sagrada Noche el hijo más hermoso.
¡Hemeros glorioso! ¡Hemeros glorioso!

Ganimedes

Retumba el ronco trueno. El rayo se desata.
Los cielos resplandecen con círculos de plata.
El mar y el aire funden sus hálitos de gozo.
Los vientos se entrechocan con báquico alborozo.
¡Oh Zeus estoy pronto! Un águila divina
desciende del espacio. Ya viene, ya ilumina
mi espíritu, ya clava su pico en mis entrañas.
¡Adiós valles umbrosos, colinas y montañas!

Una nívera águila arrebata a Ganimedes. El Coro se cubre con sus velos. Tros y Caliroe entran en ese momento y, al ver que su hijo es arrebatado, la Reina se desmaya. El Coro canta con religioso recogimiento

Coro

De Zeus ensalzamos el brazo prepotente
que rige los destinos con un amor clemente.

FIN.

JOSE B. ACUÑA

San José, Costa Rica, 23 de diciembre de 1930

Juventud del Perú:

— Envío del Sr. Palacios —

Mes a mes, año tras año, he seguido atentamente el doloroso proceso del Perú, sometido a una tiranía innoble que no conforme con subvertir la vida institucional, suprimiendo todas las libertades, entregaba la patria misma al imperialismo plutocrático extranjero. Sólo vosotros, jóvenes trabajadores manuales e intelectuales, constituíais una permanente barrera infranqueable a los abusos del despotismo y una luminosa esperanza para el porvenir de la nacionalidad. Sufrísteis persecuciones, cárceles, destierros. Hubo entre vosotros quien cayó para siempre en la lucha generosa. Todo, incluso la indiferencia o el temor de otros núcleos sociales, se concitó para malograr o diferir vuestros esfuerzos. Jamás callásteis, sin embargo y vuestra voz de protesta y de indignación recorrió el continente de extremo a extremo, suscitando en todas partes un eco fraternal de adhesión sin reservas y de aplauso a vuestra brillante posición de combate.

Al fin el tirano cayó. El pueblo del Perú, en un hermoso gesto cívico, harto de soportar sobre sus hombros tan pesada carga impulsó a los factores que habrían de consumar su mandato. Desaparecido el obstáculo personal, tenéis abierto el camino del porvenir. Pero ahora corréis más riesgos que cuando la dictadura os perseguía. Ahora que sois los vencedores morales de tan grande pugna histórica, os van a solicitar con la adulación, la dádiva o el engaño. Sabiéndoos invencibles cuando luchéis en el llano, van a querer derrotaros elevándoos a las posiciones oficiales.

Vosotros, jóvenes amigos, estáis en deuda con la América libre que os contempla con predilecta atención, y con vuestro propio país. Vuestra hermosa lucha no puede haber concluído con la caída del tirano. Tendría sólo un sentido destructor y negativo. Estáis en la obligación de edificar, de hacer realidad vuestros sueños de justicia.

Esa obra, que significa la verdadera instauración republicana y auténtica en el Perú, la tenéis que hacer con vuestras propias fuerzas, sin entrar en transacciones con la generación conservativa y retrógrada que, pese a los disfraces con que recubra su faz, es vuestra enemiga más artera y constante.

No os dejéis seducir por los cantos de las sirenas. La América, que espera mucho de vuestro esfuerzo, sabe que el camino para alcanzar los más altos ideales no es el atajo del compromiso apresurado, sino el áspero sendero, duro y difícil, que

lleva en línea recta a la cumbre de las grandes aspiraciones.

Vuestra patria, que he concluído por creerla algo mía, a fuerza de amarla tanto en devoto silencio, reclama soluciones urgentes para sus graves problemas. Vuestro campesino, casi siempre indio, sufre la doble esclavitud de la raza y del latifundismo. En los establecimientos agrícolas, o en las haciendas de la costa, o en las minas de la sierra, vuestro capital humano sufre intensamente y precisa una inmediata redención. Mientras no procuréis reintegrar a la plenitud de la nacionalidad esos millones de peruanos, no podréis afirmar las hermosas frases iniciales de vuestro himno patrio. Por otra parte, otro peligro más serio también os amenaza. El capitalismo imperialista, imprudente y criminalmente ubicado en el íntimo seno de vuestro país, ahora quiere someteros a la triste condición de una colonia económica, avanzando, de paso, en algunos aspectos de imposición política. El yugo de los dólares está pesando demasiado sobre vuestro progreso material. Debéis libertaros de él y con vuestras propias fuerzas económicas, o condicionando las extranjeras al servicio del Perú, elevaréis el sólido edificio de la propia economía, consumando, entonces, la auténtica independencia nacional. Otros problemas serios, como la ausencia de una científica legislación del trabajo, la imperfección del sistema electoral y mucho más, habrán de consumir vuestras mejores horas de vigilia cívica.

Yo sólo quiero señalaros que tan pesada tarea, en la que fracasarían quienes no tuvieran vuestra juventud dinámica e idealista, sólo puede ser cumplida por esa generación que inició su acción social en la Reforma Universitaria de 1919, continuándola en el movimiento laico del 23 de Mayo de 1923. Rechazad alianzas con los viejos representantes de la política tradicional, cargados de odios y egoísmos, carentes de reales aptitudes de estadistas. Desconfiad de los "salvadores de la patria", pretendidos hombres ireemplazables que luego son su peor azote; y vigilad al gobierno surgido del Ejército pues una dictadura militar sería la peor de las desgracias. Luchad solos, formando un gran frente único de obreros, empleados, estudiantes, campesinos, maestros, intelectuales. Vosotros sois las fuerzas vivas de la nación.

Desde esta tierra argentina donde tanto se quiere a ese noble país hermano, parte mi consejo fraternal y sincerísimo, nutrido por la experiencia y vivificado por el afecto. Unid a vuestro grupo histórico, a todos los que tengan vuestra juventud espiritual, la juventud interior que es la fuente de todos los ideales y que no declina jamás.

Pronto estarán con vosotros los líderes que han luchado desde el exilio por la grandeza espiritual de nuestra América y por la libertad de los pueblos. Haya de la Torre, de quien Romain Rolland dijo que era el espíritu más generoso y más justo, sinceramente desgarrado por los sufrimientos de su pueblo, pero profundamente imparcial, equitativo, ansioso de verlo y comprenderlo todo. Va a su patria, después de haber sido el abanderado de la juventud de América en la lucha contra el imperialismo. Manuel Seoane, que lleva este mensaje, a quien yo quiero como a un hermano menor, alma de la "Unión Latino Americana", que presido, espíritu noble que se ha impuesto por su talento, por su bondad, por su carácter, por su conducta ejemplar. Y como ellos, Luis Reysen, que presidió en la Argentina a la juventud de La Plata con ecuanimidad y superior inteligencia, y Enrique Cornejo, Manuel Cox, Oscar Herrera, y Magda Portal, la valerosa escritora, cuyo verbo inflama los corazones.

Libres de todo compromiso, purificados por el castigo, significáis una hora nueva en la historia del Perú.

Os abraza fraternalmente,

Alfredo L. Palacios

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Del escritor chileno Hernán Díaz Arrieta, más conocido en la crítica literaria de nuestra América por el pseudónimo *Alone*, nos llega una obra que ya nos interesa:

Portales íntimo. Las mejores cartas del gran Ministro publicadas por don Ernesto de la Cruz en su Epistolario y otras con un estudio de *Alone*. 1930.

Con el autor: Ejército 371. Santiago de Chile.

La Universidad Nacional de México está obsequiando esta obra:

Conferencias dadas en la Universidad Nacional de México, por el Sr. Samuel Guy Inman en el verano de 1927. México, D. F. 1929.

El tomo II del *Epistolario* de José Martí acaba de salir:

Epistolario de José Martí, arreglado cronológicamente con Introducción y Notas, por Félix Lizaso. Tomo II (1892-1894). Cultural, S. A. Habana. 1930.

De Saúl Taborda (Unquillo. F. C. C. C. Prov. de Córdoba, Argentina), hemos recibido:

Investigaciones pedagógicas. Bases y proposiciones para un sistema docente. Córdoba. 1930.

Por la Editorial Elite, de Caracas,—señalamos a los estudiosos de nuestras letras esta Editorial,—nos llegan dos obras en un tomo:

Nelson Himiob: *Giros de mi Hélice*, y Carlos Eduardo Frías: *Canícula*. Editorial Elite, Caracas. 1930.

Nos favorecen los autores, es mucha la simpatía con que nos miran, es larga la lista de libros que nos llegan. Anunciemos hoy los siguientes:

Angel Dotor y Municio (Apartado 8.091. Madrid): *Mirador*. Las Letras y el Arte contemporáneos. 1924-1929. Crítica.

José Rodríguez Cerna (Madrid): *Tierra de sol y de montaña*. Editorial B. Bauza. Barcelona.

Fernán Silva Valdés (Uruguayana 3286. Montevideo, Uruguay): *Agua del tiempo*. 5.ª edición aumentada. Montevideo. 1930.

González Carballo (Ruiz Díaz 79. Buenos Aires, Rep. Argentina): *Día de canciones* Viñeta de Pettoruti. El Inca. Buenos Aires. 1930.

José Díez Canseco. *El gaviota. El Km. 83.* Estampas mulatas. Lima. 1930.

Bernardo Puerta G. (Medellín, Colombia): *El ocaso de un Genio* o el acíbar vertido sobre el alma de Bolívar. Medellín, Colombia.

Alfonso Rumazo González (Apartado 543 Quito. Ecuador): *Vibración azul*. Quito. Portada de Víctor M. Mideros.

Juan Manuel Ruiz Esparza: *Ebano y marfil*. Portada del pintor M. G. Lourdes. Editorial Cultura. México, D. F. 1930.

Consuelo Berges (Matheu, 76. Buenos Aires. Rep. Argentina:) *Escalas*. 1930.

Fermín Estrella Gutiérrez (Beauchef 23. Buenos Aires, Rep. Argentina): *El ladrón y la selva*. M. Gleizer, Editor. Buenos Aires.

Julio Dorraine (Grito del Día 1143. Montevideo, Uruguay): *Locura gaucha* y otros cuentos. Montevideo.

El Padre Bourdaloue decía que después de las Sagradas Escrituras, tan sólo dos libros leía: San Crisóstomo y Cicerón. Aconsejaba mucho la lectura de Cicerón a los jesuítas destinados a predicadores. (De una carta de *Dugas*.)

Una de las bonitas novelas de la *Colección Universal*. (Calpe. Madrid):

Tina, por Hernán Bang.

En la página 70 leemos:

—Concesión tras concesión, íbamos renunciando a todos nuestros derechos. Pero un día se alzaron ciertos hombres, los mejores, para acabar con las dudas del pueblo, hasta que al fin ha llegado la hora en que esos hombres *han querido*. Sí—el sacerdote alzó la voz, y a cuantos le escuchaban, apoyados unos en otros, hombro contra hombro, llegaban sus palabras como golpes—; sí, la hora en que *han querido*, con propósito deliberado. Porque sabían que el dolor que atenazaba el corazón de Dinamarca sólo podía ser remediado por las armas. Comprendían que ya había pasado el tiempo en que era posible arrastrarse como perros en espera de las migajas de los alemanes, y perder así lo más precioso que tienen los hombres y los pueblos: la propia estimación.

Y en la página 73 leemos:

—Se ha hablado aquí—gritó más que dijo—de los que condujeron a nuestros mayores al triunfo. Pero nosotros los jóvenes, nosotros, que vamos a combatir ahora, también tenemos nuestros conductores. Los poetas nos han mostrado nuevos horizontes y pronosticado tiempos nuevos. Aquél, sobre todo, que en sus cantos ha exhortado a la unión a estos pueblos del Norte, aquél que ha guiado a la juventud de nuestro país hacia el combate por el ideal y cuyos sueños nos ha alentado hasta este día...

Se interrumpió breves instantes, y luego, apretando nerviosamente la mano, prosiguió:

—Sí, hasta este día... Y no vengáis diciéndonos que son quimeras, anhelos fracasados, ¡nó! Todavía es tiempo de realizarlos. Mas, aun en el caso de que no fuesen más que ilusiones, esos sueños nos han sostenido, han sido el pan de nuestro espíritu...

—Los que ahora defienden las murallas de Dinamarca y a través de la noche contemplan con mirada fulgurante la tierra danesa han llegado hasta allí impulsados por él; él y los suyos han alimentado sus esperanzas y sostenido sus ideales. *Suya* es la responsabilidad y *suyo* será el honor. ¡Viva *Él* y vivan los *suyos!*

Acerca de la heroicidad de la mujer de Marx y otras cosas interesantes:

Sin el heroísmo admirable de su mujer, ¡quién sabe si él luchador, solo, desamparado, perplejo, no se habría visto tentado a salir de tanta miseria con el sacrificio de la obra de su vida!

Marx nó se daba por vencido, como el movimiento del 48, aunque a veces lo pareciera, en momentos fugaces de desaliento. El proletariado—proletario él mismo ahora, en Londres—es su camarada de combate y su firme esperanza del porvenir. Hay una hermosa carta suya, de esta época, y páginas conmovedoras del diario de su mujer, que pintan su estado de espíritu. «Ni un momento—dice su mujer—, ni aún en las horas más sombrías, flaquea en él la fe en el futuro ni se le nubla su buen humor». Por entonces, le vive todavía el hijo. Mas los niños se le fueron muriendo en la miseria, sin cuna ni ataúd: tal era su penuria. Y Marx era, según palabras de una de sus hijas, «el más bondadoso y el mejor de los padres del mundo; no había en él nada de severidad paterna ni del espíritu autoritario». Risueño, afectuoso, acaso un poco vehemente, pero nunca áspero ni malhumorado, por mucho que el trabajo le agobiara, los niños tenían en él siempre un amigo y un camarada para sus juegos, lo mismo los propios que los extraños, a quienes entregaba alegremente su tiempo y su dinero, de que él tanto necesitaba. Los recuerdos de Guillermo Liebknecht lo pintan plásticamente, dispuesto siempre a intervenir en auxilio del débil con una gran vehemencia y hasta a riesgo, muchas veces, de verse malparado.

(Esto lo cuenta R. Wilbrandt en su precioso libro *Carlos Marx*. Ensayo para un juicio. Editorial Cenit. Madrid, 1930).

La Iglesia y la Poesía

=Introducción al magistral ensayo de *Francis Thomson* sobre *Shelley*. Traducción de Hipólito Mattonell para *Repertorio Americano*=

La Iglesia, que antaño fue madre de poetas no menos que de santos, les ha dejado a extraños, en los últimos dos siglos, las primordiales glorias de la poesía, si bien las primordiales glorias de la santidad las ha conservado suyas. La palma y el laurel, Domingo de Guzmán y Dante, la santidad y el canto, se dieron juntos en su suelo: ella sigue siendo señora de la palma, pero ha perdido el laurel. A la Poesía, en su más amplio sentido (es decir, el espíritu que anima las bellas artes), aún cuando no haya sido exprofesamente irreligiosa, se la ha tratado con desdén o desconfianza demasiado tiempo. Que es superflua, cuando no perniciosa, y más frecuentemente llena de peligro, es el sentimiento excesivo y demasiado generalizado que se ha tenido de la Poesía. Un tiempo fue, como debiera ser aún, hermana y compañera de la Iglesia; servidora de la mente, como la Iglesia servidora del alma. Pero la Poesía pecó, cayó la Poesía; y, en vez de reclamarla amorosamente, el Catolicismo la echó de sus puertas a seguir los pasos de su pagano seductor. La separación ha sido mala para la Poesía; no ha sido buena para la religión.

¡Padres de la Iglesia (diríamos), pastores de la Iglesia, piadosos seglares de la Iglesia: vosotros que tomáis de sus muros la panoplia de Aquinas, tomad de esos muros también el salterio del Alighieri! Descorred precedentes del pasado de la Iglesia; recordad que Francisco de Asís fue de los precursores de Dante; que dió su juramento a la Pobreza pero no abjuró de la Hermosura, sino que en su luz discernió la Luz de Dios; que fue más poeta aún en sus milagros que en su melodía: que la Poesía asíase a las capuchas de su Orden. Seguid sus pasos; vosotros que tenéis bendiciones para los hombres, ¿no las tenéis para los pájaros? Recordad que en su plano menor las poesías amatorias de Dante honraron no menos al Catolicismo que su gran poema religioso rodante todo en redor del amor; que al cantar del Cielo cantaba a Beatriz, ese ángel tallado en el soportal de su arpa aún cuando tañía sus cuerdas en el Paraíso. Lo que sabéis en teoría, realizadlo vivamente: que para muchos la religión de lo bello ha de ser pasión y potencia perpetuas, y que es mala sólo cuando se la divorcia de la adoración de la Belleza Primordial. La Poesía predica a los hombres la terrenal como vosotros la Celestial Hermosura; la hermosura terrena que Dios hizo a imagen y semejanza Suya. Proclamáis el día que el Señor ha hecho, y ella en él se exalta y alegra.

Alabáis las obras del Creador, y ella os muestra que son buenas. ¡Cuidad cómo desdeñáis a esta potente aliada, porque suyo es el arte de Giotto y el arte de Dante: cuidad cómo despreciáis a esa enemiga insidiosa, porque suyo es el arte moderno de Francia y el de Byron! Su valor, si no lo sabéis vosotros, Dios lo sabe, y los enemigos de Dios. Si bajo el ala del Santísimo no le hacéis lugar, ya se lo harán bajo el ala del Maligno; a quien vosotros echéis fuera, él abrazará; a quien humilléis arrojándolo de sitial honorable, él adelantará a altivo trono; las frentes que despojéis del laurel de un justo respeto, él ceñirá con perversos resplandores; la piedra que vuestros constructores rechacen, él la pondrá de fundamento. ¿Qué no la permitís profetizar en el templo? Dispuesto para ella está el trípode de Delfos. No la miréis de reojo porque casi no cante de la religión directamente: el ave glorifica al Señor por más que cante sólo sus amores inocentes. La sospecha crea su propia causa; la desconfianza engendra razón de desconfianza. A esta bella, esta salvaje, esta felina poesía; salvaje porque se la ha dejado vagar por los montes, ¡restauradla al hogar de vuestra caridad, abrigadla bajo la techumbre de vuestra Fe; diciplinadla a la dulce contención de vuestra casa, alimentadla con las viandas de vuestra mesa, suavizadla con la amistad de vuestros hijos; amansadla, dadle cariño, tenedle amor: no necesitaréis entonces huir de ella. ¡Dejadla jugar, dejadla retozar, con tal de que retoce al pie de la Cruz!

En los últimos años ha habido cierto cambio: la Pródiga es llamada a la casa del Padre, pero quisiéramos que el llamado fuera en voz más alta, que la bienvenida que se ofrece fuera más liberal. Aún quedan vagos restos de la antigua desconfianza intolerable. Aún le es posible hasta a un historiador francés de la Iglesia enumerar, entre los artículos echados a la famosa pira de Savonarola, *poésies érotiques, tant des anciens que des modernes, livres impies ou corrupteurs, Ovide, Tibulle, Properce, pour ne nomner que les plus connus, Dante, Pétrarque, Boccace, tous ces auteurs Italiens qui déjà souillaient les âmes et ruinaient les moeurs, en créant ou perfectionnant la langue.* ¡Descuido culpable, cuando menos, el de clasificar la *Vita Nuova* con el *Ars Amandi* y el *Decamerón!* Con pocas excepciones, cuanto en nuestros mejores poetas es grande y bueno para los no Católicos, es bueno y grande también para los Católicos; y aunque Faber arrojó al fuego su edición de Shelley, y nunca se arrepintió del acto; aunque, además, nosotros leemos a Shelley tan poco que aún podemos tolerar en nuestras iglesias la parodia religiosa (1) que Faber debió de haber arrojado al fuego tras de sus tres volúmenes de Shelley; a pesar de todo esto, no estamos dispuestos a contar entre las excepciones a este errado espíritu de luz.

(1) El himno *I rise from dreams of time* que Faber, autor de himnos eclesiásticos, compuso parodiando la *Serenata india* de Shelley que comienza *I arise from dreams of thee.*

La conmemoración del sexto centenario de la edición de El Libro de Buen Amor del Arcipreste de Hita

= De *La Voz*. Madrid. =

Conforme a lo anunciado, ayer (¹) se celebró la inauguración del monumento al Arcipreste de Hita.

Se ha elegido y consagrado monumento al Arcipreste un grupo de rocas caprichosamente reunidas por la naturaleza en el alto del León, y que es uno de los parajes que él cita en el *Libro de Buen Amor*.

Grabada a cincel en una roca, aparece la siguiente inscripción: «1330-1930. Al Arcipreste de Hita, cantor desta Sierra, donde gustó las aguas del río de buen amor». Y en otra, la primera copla de su famosa serranilla:

Cerca la Tablada,
la sierra pasada,
falleme con Aldara
a la madrugada,

y al pie, esta leyenda: «Caminante de este puerto, una mañana de marzo de 1329».

A un lado del monumento, rodeado de pinos corpulentos, una fuente, que de hoy en adelante se llamará *Fuente de Aldara*, y a otro, una rústica arqueta que contiene en su interior el libro del inmortal Arcipreste, accesible siempre a la curiosidad del caminante o del turista.

Ante este sencillo monumento se congregaron ayer mañana ilustres personalidades y numeroso y distinguido público para rendir al canónigo toledano el homenaje organizado por la Junta de Parques Nacionales, por iniciativa de la Academia Española, y muy especialmente de su director, don Ramón Menéndez Pidal.

Habló en primer término el señor Hernández Pacheco, delegado de la Junta de Parques Naturales y catedrático de la Universidad Central; leyó unas bellas e inspiradas cuartillas, de las cuales extractamos los párrafos siguientes:

Tienen los monumentos artísticos, con sus estatuas, obeliscos y lápidas, algo de muerto y de funerario; los monumentos naturales, no, porque la Naturaleza es vida siempre renovada, en perpetuo cambio y en evolución continuada y eterna.

Seis siglos hace que un día él Arcipreste de Hita, de cerebro fuerte y fecundo, de cuerpo sano y de corazón alegre, descansó en estas peñas poco después del amanecer, cuando la rosada aurora comenzaba a llenar de luminosidades la montaña y las lejanías de la amplia llanura de Castilla.

Al cabo de los seiscientos años, el sitio está igual; el grupo de milenarias piedras caballeras de granito que contemplamos continúa con el mismo o muy semejante aspecto que el Arcipreste caminante contempló; alguna peña, al caer y deshacerse por efecto de las intemperies de los siglos, puede ser que haya modificado ligeramente el conjunto del roquedo. Los retorcidos y añosos pinos que rodean al conchal se han sucedido en varias generaciones. El matorral de jaras, tomillos y cantuesos, en eterna renovación, todas las primaveras han vestido de gala, con sus flores, a la vieja montaña, y han embalsamado el ambiente con sus aromas. Los helechos, todos los años, han cambiado su verde vestido primaveral y veraniego por el rojizo amarillento de los otoños.

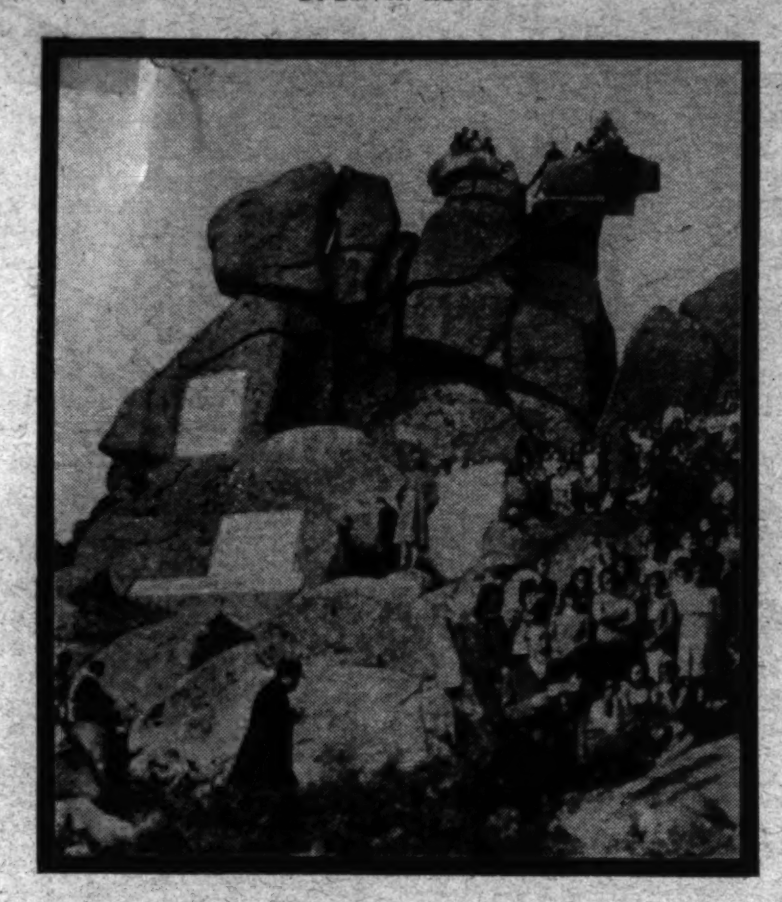
Todo este conjunto de rocas, de árboles y demás elementos de la vegetación, de seres del mundo zoológico y aun del humano, que, que aunque en perpetuo renacer y renovarse, tienen la persistencia y duración de los tiempos geológicos es lo que da el principal carácter a este monumento natural, que, en buena lógica, no podemos decir que inauguramos, sino que consagramos a la memoria del Arcipreste de Hita, pues el monumento es muy anterior al genial cantor de las bellezas serranas en su *Libro de Buen Amor*, que, aparte del gran mérito literario que todos le otorgan, tiene el de ser amor a la Naturaleza, siendo deber de nuestra generación conservar y evitar que sea destruído o desfigurado este pintoresco rincón de la sierra carpetana.

Monumento natural de ubicación privilegiada, en la divisoria geográfica de la cordillera central de España, dando vista, por el Norte, a la amplia altiplanicie de Duero, la de lejanos horizontes, la de extensos páramos desiertos, la de llanadas y serenas campiñas y la de amenos sotos; mientras que por el Sur, la vista se extiende más allá del ancho zócalo de la berroqueña sierra del Guadarrama y de la llanura madrileña, por la extensa planicie del Tajo, que se pierde en el remoto horizonte o queda lejanamente limitada por la azulada y difuminada alineación de los montes de Toledo.

Queremos hacer en la Naturaleza hispana algo semejante a lo que, con aplauso de la opinión culta, se viene haciendo respecto a los monumentos notables de orden arqueológico, histórico o artístico, entrándolos en la esfera de la acción tutelar del Estado.

A esta finalidad obedecen las declaraciones de sitios naturales de interés nacional, cuando se trata de parajes de cierta extensión, tales como El Toreal, de

(¹) Domingo 23 de noviembre de 1930.



La Peña del Arcipreste de Hita, en la Sierra del Guadarrama

Cántica de serrana

Cerca la Tablada
la sierra pasada,
falléme con Aldara
a la madrugada.
Encima del puerto,
coidé ser muerto
de nieve e de frío,
e dese rocío
e de grand helada.
A la descida, (¹)
di una corrida;
fallé una serrana
fermosa, lozana,
e bien colorada.
Dije yo a ella:
«Homillome, bella.»—
Diz': «Tú que bien corres,
«aquí non te engorres, (²)
«anda tu jornada.»—
Yol dije: «Frío tengo,
«e por eso vengo
«a vos, fermosura;
«quered por mesura
«hoy darme posada».
Díjome la moza:
«Pariente, mi choza,
«el que en ella posa,
«conmigo desposa,
«é dám grand soldada».—
Yol dije: «De grado,
«mas soy casado
«aquí en Ferreros;
«mas de mis dineros
«darvos hé, amada.»—
Diz'. «Trota comigo.»—
Levóme consigo,
e dióm buena lumbre,
como es de costumbre
de sierra nevada.
Dióme pan de centeno
tiznado, moreno,
e dióm vino malo,
agrillo e ralo,
e carne salada.
Dióm queso de cabras;
«Fidalgo», diz, «abras
«ese blazo, (¹) *e toma*
«un canto de soma, (²)
«que tengo guardada».
Diz': «Huésped, almuerza,
«e bebe e esfuerza, (³)
«caliéntate e paga:
«de mal nos te faga
«fasta la tornada».
«Quien donas me diere,
«cuales yo pediere,
«habrá bien de cena
«e lechiga (⁴) *buena,*
«que nol coste nada».—
—«Vos, que eso decides,
«¿por qué non pedides
«la cosa çertera?»—
Ella diz': «Maguera,
«e sim será dada?
«Pues dam una cinta
«bermeja, bien tinta, (⁵)
«e buena camisa,
«fecha a mi guisa
«con su collarada. (⁶)
«E dam buenas sartas

(¹) A la bajada.
(²) Detengas.

(¹) Brazo.
(²) Un pedazo de pan de salvado.
(³) Toma aliento.
(⁴) Cama.
(⁵) Bien teñida.
(⁶) Cuello de camisa.

(Pasa a la página 51.)

Antequera; la Ciudad Encantada, de la Serranía de Cuenca; la cumbre del picacho de la Virgen de la Sierra, en Cabra, y en la sierra del Guadarrama, La Pedriza del Manzanares, el bosque de La Acebeda y el macizo de Peñalara.

Don Ramón Menéndez Pidal leyó a continuación este discurso:

La Academia Española, deseosa de conmemorar el sexto centenario de la primera edición del *Libro de Buen Amor* publicada por el Arcipreste de Hita en 1330, se dirigió a la Junta de Parques Nacionales, para que gestionase la declaración de monumento natural de interés nacional de este paso al pie de la Peña del Cuervo, poniendo en sus rocas alguna inscripción alusiva al viaje que por aquí hizo el Arcipreste.

La Junta de Parques Nacionales acogió y realizó esta petición, y aun extendió la iniciativa, pues formó el propósito de dar interés ideal a otros sitios naturales que pueden ser visitados por el turismo o el montañismo, y que encierran recuerdos de nuestros grandes artistas y científicos. Hará con esto buena obra, pues España está muy necesitada de cultivar su espiritualidad propia, que la anime y la guíe.

Ahora, en esta modesta excursión serrana que hacemos sustrayéndonos a los graves cuidados de la ciudad, conmemoramos el *Libro de Buen Amor*, atendiendo a su honda significación en el siglo XIV, siglo durante el cual la Edad Media, después de haber llegado a su cenit en la centuria anterior, empieza a desquiciar sus ejes y a disolver sus esencias, para dar de lleno en el Renacimiento.

Dos Juanes representan contradictoriamente nuestro siglo XIV, y ambos publicaban sus obras en 1330: don Juan Manuel, rico hombre de la corte del gran monarca Alfonso XI; Juan Ruiz, súbdito del famoso prelado toledano don Gil de Albornoz. Don Juan, hijo del infante Don Manuel y nieto de Fernando III *el Santo*, frente a Juan, hijo de cualquier Ruiz y nieto de un *quidam*. La contradicción está en que Juan Manuel, hombre de mundo, adoctrina todas sus obras en un austero pensamiento escolástico, eclesiástico y hasta ascético; mientras Juan Ruiz, hombre de Iglesia, se nutre vorazmente, se atraganta en mundanidad. Juan Manuel, vencedor en la memorable batalla del Salado, guerrea también los apetitos de la naturaleza para encadenarlos a las leyes inmutables que rigen el Universo. Juan Ruiz, vencedor en la cómica batalla de Don Carnal contra Doña Cuaresma, no cree que la Naturaleza y Dios—que hizo la Naturaleza—pueden ser enemigos, y por eso se arrima gustoso al fuego de todos los impulsos naturales.

El *Libro de Buen Amor* representa una decidida vuelta a la Naturaleza, análoga a la que traerá los albores de la Edad Moderna. Dos siglos antes de Rabelais, el Renacimiento, con su endemonismo, con su espíritu de sátira, respira a pulmón lleno en el Arcipreste de Hita, cuando tan encantadoramente mezcla la devoción sincera medieval y los gritos de rebelión irreprimible.

En aquel su amor por la Naturaleza toda, recordamos ahora especialmente a Juan Ruiz como aficionado a esta Sierra.

Este puerto en que nos hallamos está en la ruta que el Arcipreste de Hita siguió una nevosa madrugada, al acabar los carnavales de 1329, viniendo de Segovia por Riofrío, y por la venta del Cornejo, para ir a celebrar la vigilia del Miércoles de Ceniza en Santa María del Vado, ermita desaparecida del vecino pueblo de Guadarrama. En este puerto encontró a Aldara, la pastora,

fermosa, lozana
é bien colorada,

la cual, en su choza de la Tablada, atizó lumbre para el aterido Arcipreste y le sirvió queso de cabras, con otros regalos del hambre y del cansancio:

dióme pan de centeno,
tiznado, moreno,
é diom' vino malo,
agrillo é ralo
é carne salada...

Conmemoramos al Arcipreste excursionista de estos montes. Los puertos de Lozoya, de Malagosto y de Guadarrama le vieron pasar y alborotaron su retozona musa con cantigas que ocupan el primer lugar cronológico en la historia de las *serranillas*, y que, por su humor excentrico y apartadizo, se destacan de todas las posteriores. Las Sociedades montañeras—estas loables, siempre beneméritas corporaciones, cuyo influjo en la salud material y moral de la juventud madrileña es tan manifiesto—tienen en Juan Ruiz el *genius loci* de estos bosques y de estos peñascales.

Quisiéramos que el recuerdo del insigne excursionista medieval acompañe alguna vez a nuestros alpinistas, al gozar el reparador cansancio de largas jornadas, al respirar la alegría de las cumbres, de la intemperie y de la rusticidad. Porque no hay hombre más comunicativo y amigable que Juan Ruiz; en compañía de él, la vida es grata. Y volviendo al paralelo de antes, don Juan Manuel no quiere que su libro, libro de pensamientos acendrados, ruede en copias, y con el rodar altere su texto: por eso lo deposita en el monasterio de Peñafiel, para que allí sea custodiado intacto. Juan Ruiz, al revés, invita a todos a que pasen de mano en mano, como pelota, su libro—libro ajuglarado y de burlas—, deseando que cada uno altere y ponga en él, con el pensamiento o la pluma, lo que en gana le venga:

Ande de mano en mano á quien quier quel pidiere.

Por eso, al tomar posesión de estas peñas a nombre del Arcipreste, hemos creído que el mejor homenaje que podríamos tributarle era no dejar que su *Libro de Buen Amor* continúe en la severa custodia de las bibliotecas, sino abandonarlo en esta soledad, para que todo caminante pueda, al descansar un momento en la cumbre, colaborar con el genial autor y recrear en su compañía las imágenes y los pensamientos que él creó antaño.

He aquí el sentido de esta conmemoración centenaria que hacen la Academia Española y la Junta de Parques Nacionales. Nuestro monumento es tan humilde como grandioso: su primera piedra fué colocada por el Creador, cuando en los días de los cataclismos geológicos trazó con su dedo este espinazo de las dos mesetas castellanas, las más viejas montañas de la Península. La última piedra es nada más que una solera, sobre la que dejaremos depositado el *Libro de Buen Amor*.

Después que el director de la Academia habló el director de Montes, Caza y Pesca, Sr. Gotor. Se adhirió al acto en nombre del Ministro de Fomento, cuya representación ostentaba, y D. Elías Tormo, Ministro de Instrucción, declaró inaugurado el monumento en nombre del Gobierno y haciendo de pasada doctas apreciaciones sobre la personalidad del Arcipreste.

Luego leyó Don Serafín Alvarez Quintero un romance, escrito en colaboración con su hermano, en el que se dice:

31 de Diciembre de 1930

=Envío del autor=

Año viejo, año extraño
de 1930,
te vas para dicha mía
sin dejarme una alegría,
más bien alguna tristeza...

Año de mi torbellino
en que me vi vacilar
y en que mi alma fué veleta
de un viento que sopló el Mal...

Año de claudicaciones
que como vino se va...
año en que perdí mi vela
rota por el huracán!

Mas al fin quiera mi estrella
volver sobre mí a alumbrar
y en el año 31
que vuelva a sentir mi paz,
mi certidumbre de Vida,
mi gran ansia de Verdad.

Que el Año Nuevo me haga
más digno de mi ansiedad
y me acerque a los Umbrales
que tánto buscó mi afán.

En 1930
no pudo el alma volar,
pero en este Nuevo Año
¡cuánta luz nos va a alumbrar!

ROGELIO SOTELA

31—XII—30.

¡Oh padre insigne cien veces
del Libro de Buen Amor,
sabio, filósofo, humilde,
satírico, socarrón,
licencioso, moralista,
constante y gran amador,
profundo como el abismo
del humano corazón,
divino y profano a un tiempo,
ya peregrino cantor
de María, ya compaña
de alguna serrana en flor!...
¡Por coincidencia gloriosa,
el Libro *que tu alma dió,*
aliento de tu alto aliento,
de tu vida exudación,
nació en la vejez experto
cuando no existe dolor
ni alegría que se ignoren,
de igual modo que nació
Don Quijote: *entre las sombras*
y angustias de una prisión!
Mas, ¿qué importó aquella cárcel?
aquel cepo, ¿qué importó?
Tu Libro, *en su gran belleza,*
llevaba su redención.
Pájaro de vuelo eterno,
hasta esta cumbre subió
al cabo de tantos siglos,
y en el siglo volador.
Y aquel ingenioso hidalgo
que en el nacer te igualó
y salió a correr el mundo
paladín de la ilusión,
enfermo de fantasía,
furioso batallador,
gran desfacedor de entuertos,
que como justo murió,
con su abollada armadura,
su celada de cartón,
su rama de encina en ristro
y su galgo corredor,
ahora está aquí entre nosotros
rezando nuestra oración.
Sancho se quedó allá abajo
aguardando a su señor.

Después la Masa Coral del Instituto Escuela, bajo la dirección del maestro Benedíto, cantó, digno broche de esta fiesta solemne, la famosa «serranilla» de Juan Ruiz, con música del siglo XV, adaptada por el maestro Torner, a quien no le fué posible asistir al acto. Ante los reiterados aplausos, las cantantes se vieron obligadas a ejecutar otras canciones típicas, y como último número, la repetición de la serranilla de Aldara, esta vez coreada por todos los asistentes al acto.

Y con ello se dió por terminada la ceremonia, altamente grata, en un ambiente tibio y a la vista de un bello panorama.

Tablero
=1931=

Los saxoamericanos admiran a Nicaragua

=Envío del autor=

Del *Imparcial*, periódico hispanoamericano de San Francisco, copiamos la siguiente reseña de una conferencia dada por el General Feland en uno de los hoteles aristocráticos de tan culta ciudad:

El Mayor General Logan Feland, comandante en Jefe de las tropas de Infantería de Marina de los Estados Unidos, en la costa del Pacífico, dió una muy interesante conferencia ante selecto auditorio, en una de las salas del Hotel Fairmont, en esta ciudad. Ella se verificó en la mañana del martes 11 del actual.

El general Feland, que es una autoridad en asuntos contemporáneos en Nicaragua, por haber sido gobernador militar de las fuerzas de ocupación saxoamericana en Nicaragua durante tres años, hizo una apología de aquel bello país centroamericano, poniendo de relieve el alto valer artístico, social y moral de sus habitantes, diciendo que ellos, al igual que sus hermanos de los otros países de la América Central, son muy dignos de ser comprendidos y estimados en todo lo que valen; olvidando prejuicios dictados por la ignorancia, y el absoluto desconocimiento que de aquellos pueblos se tiene por acá. No dejó de tachar la falta de tacto de algunos de los hombres de negocios, que quieren sacar mucho por poco que dan, sembrando más la desconfianza que el mutuo afecto y buena voluntad. Hizo un ligero parangón entre los viajeros y representantes comerciales europeos que visitan los países hispanoamericanos y los que van de los Estados Unidos, faltos estos últimos de preparación y muchas veces de cultura, quienes van a fracasar debido a su falta de tacto, al aproximarse a aquellas gentes. Muy ligeramente tocó el General Feland el asunto de la ocupación de Nicaragua por los marinos saxoamericanos, de quienes él es jefe; pero aprovechó la ocasión para decir que ha habido injusticia al haberse querido tachar la conducta de sus jefes, oficiales y tropas, siendo inventos malignos para atraerles la mala voluntad de los países de la América Española. Dijo que en su conciencia como en la de todos los nicaragüenses sensatos, está que el comportamiento de las tropas de ocupación fué y ha seguido siendo prudente, digno y completamente entre los linderos de la razón y de la justicia.

El General Feland fué muy aplaudido y felicitado por sus oyentes, entre quienes pudimos ver a los Honorables Cónsules de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. La distinguida esposa del Señor Mayor General Feland cantó dos canciones de bellísima música del maestro nicaragüense Delgadillo, e inspiradas en dos bellas poesías de Rubén Darío, el grandioso poeta Hispano, a quien el General Feland hizo cumplida justicia en el curso de su amena peroración. Una apreciable dama, cuyo nombre sentimos no recordar, ejecutó dos lindas piezas, debidas también a la inspiración del compositor nicaragüense Delgadillo.

Como se vé el ilustre general se muestra indignado, muy desinteresadamente indignado, por la ignorancia de sus compatriotas que no tienen tanto interés como él en esa gran nación. Para él los comerciantes saxoamericanos no tienen tacto y no son personas gratas en estos países, aunque el ejército naturalmente deje muy en alto el nombre de los Estados Unidos en *les petit pays chauds*. Para el general la conducta de las tropas saxoamericanas en Nicaragua es ejemplar, y sólo la malignidad de unos cuantos puede atreverse a calumniar a estos nobles embajadores de la paz y el progreso. Les amparan la razón y la justicia. El general Feland, que posee altos dotes de crítico literario, hizo el elogio de Rubén Darío en la costa del Pacífico. Para demostrar la actitud de Darío y su alta simpatía por las cosas norteamericanas, debió haber leído su canto a Roosevelt. No lo hizo.

Hay que anotar el hecho de que el conferencista fue muy aplaudido y felicitado por los cónsules de Guatemala, el Salvador y Nicaragua. Nosotros felicitamos a los distinguidos representantes hispanoamericanos por tan patriótica actitud.

Arturo Torres Rioseco

San Francisco, Cal.

El Centro Español de Londres

(Envío del Dr. R. Quesada)

Es esta institución un modo especial de manifestarse la fuerza de la colectividad española en la capital inglesa. Es un ejemplo elocuente de ese poder de *caracterización*, que dijera un espíritu excelso hace años, que posee como nadie el español. Donde pisa percíbese pronto la marca de su espíritu.

Con el concurso del capital suscrito entre españoles entusiastas fué fundado este recinto de España en la gran capital del Imperio Británico. Y en poco más de diez años ha conseguido colocarse entre los primeros clubs de su clase en la capital inglesa. Constituído por efusión patriótica establecióse como primera finalidad la de difundir el buen nombre de la raza Hispana; así la institución fué favorecida por la confianza del gobierno español y del Monarca. La obra fué cimentada, justo es señalarlo, por el apoyo moral y material del Embajador de España, Marqués de Merry del Val. Y para facilitar su noble misión disfruta de subvenciones de algunas beneméritas entidades que asociando sus esfuerzos a los de los españoles de Londres han hecho importantes donativos en distinta forma.

En Cavendish Square, sito en barrio aristocrático y céntrico del *West End*, se alza magnífica la sede que alberga a la gran familia española. Es una magnífica mansión de cinco pisos que reune condiciones *ad hoc* para agradable centro de reunión de los españoles e hispano-americanos que residen lejos de la patria. El lugar preferido por españoles y sus hermanos de América cuando el espíritu busca tregua a la febril actividad de la vida londinense. En la Casa de España halla el socio de cualquiera de las categorías—residentes, de provincias, extranjeros y transeuntes—por una cuota módica, todo cuanto pueda apetecer el más exigente miembro de los suntuosos clubs ingleses. En proporciones más modestas, pero no desmerece el Centro Español.

En la Casa de España encuentra el socio alojamiento cómodo que corresponde a un hotel de primer orden de cualquiera población. Hay un excelente servicio de restaurant con cocina española. Su bodega contiene los vinos añejos más renombrados. Hay bar, juegos de

billar, mesas de tresillo y todo cuanto contribuye a hacer pasar horas agradables como si no estuviera el socio lejos de la tierra. La biblioteca contiene numerosas obras de autores españoles y de Hispano América y se reciben los diarios, revistas de España y de las Repúblicas de la América Española. Como menudea todo lo que es símbolo español, el ambiente es un contraste con lo que se respira fuera de la Casa de España. En ella todo habla de la tierra, de la raza.

La labor social y cultural del Centro es verdaderamente encomiable. Para el español o hispano-americano que llega por primera vez a Inglaterra la institución tiene un valor inestimable. Es preciso vivir alejado de la tierra y en un panorama tan opuesto al propio para darse cuenta cabal de lo que representa el Centro Español. Cuando apenas se conoce el idioma o las costumbres inglesas, la mano que le tiende al español o hispano-americano esa benemérita institución es realmente *providencial*. La Junta Directiva bajo la Presidencia del distinguido caballero, español de cepa, el Doctor Cayetano Bethencourt ha sabido, imponiéndose no pocos sacrificios materiales y morales, organizar los servicios del Centro de manera digna de España. Y esas ventajas no son el privilegio de ninguna categoría de individuos. Por una cuota modesta ingleses, españoles e hispano-americanos pueden disfrutar de todos los servicios a su alcance.

Se ha establecido para el que llega por primera vez a Inglaterra un servicio de informaciones que merece citarse.

Aparte de toda clase de referencias sobre los usos, costumbres y las instituciones del país, el hombre de negocios o el turista es orientado de manera segura que le ahorra dinero y tiempo contribuyendo con ello al éxito que se propone el español o hispano-americano en su visita a Londres. En sus excursiones de compras por los afamados establecimientos, los servicios del Intérprete del Centro son de suma utilidad. Sin estar familiarizado con la vida inglesa, en sus distintos aspectos, es problemático moverse sin exponerse a serias complicaciones. Londres no es París. Aquí todo cambia, empezando por el sistema monetario y... acabando por la facilidad con que se van las libras esterlinas. El Centro, por esta razón, proporciona los servicios de persona enterada. Su cooperación se traduce en una más agradable permanencia en Londres y en un *mayor rendimiento del dinero!* Estas son las ventajas para el Socio Transeunte. El residente halla no menos ventajas. Ama ese rincón hispano, como ningún otro, en él se charla, se cambian impresiones dentro de una atmósfera de cordialidad exquisita. En el Bar Americano sobre todo, las tertulias son muestra patente de que la solidaridad de los pueblos español e hispano-americano es cosa cierta y efectiva. Sus paredes reproduciendo paisajes de España, obra del pintor Paco Sancha, parece como si le acercaran a uno a la propia tierra.

Con frecuencia la Junta Directiva obsequia a los socios y a sus familias con fiestas. En los meses en que visitan la capital inglesa los Reyes de España o algún Jefe de Estado de Hispano-América, organízanse recepciones, bailes y comidas. Son frecuentes también los banquetes en honor de ilustres psrsonalidades inglesas como el ex-Lord Chancellor Conservador Hailsham, al Lord Mayor de la *City* de Londres, etc. En tales ocasiones los salones de la Casa de España ofrecen precioso aspecto. Alternan las damas de los diplomáticos con las damas españolas, sud-americanas e inglesas realzando con su hermosura y elegancia la Casa de España. El mantón de Manila en algunas de las fiestas suele triunfar por ser el indumento femenino que tanto se admira en Inglaterra.

La Fiesta de la Raza es otra oportunidad de fraternal consorcio en el hogar de la Madre España. En esta histórica solemnidad, bajo la presidencia de un Ministro de Hispano-América o del Embajador de España en magnífico Banquete se pronuncian alocuciones que son testimonios de la unidad espiritual que liga a la Madre los hijos de América.

Aparte su acción puramente social, otro aspecto del Centro es la obra cultural que desenvuelve y que viene a tener una repercusión de hispano-americanismo en la esfera internacional. En efecto, forman legión los Diplomáticos, Sociólogos, Literatos y Artistas que han desfilado haciendo oír su voz por el estrado del salón de actos disertando sobre literatura, viajes y otras cuestiones de especial interés.

El Embajador de España no perdona ocasión para disertar ante selecto público sobre temas que cautivan la atención de conocidas personalidades de las Artes y de las Ciencias. La Cierva el ilustre inventor del Autogiro, Ramiro de Maeztu, Madariaga, Altamira, Sanín Cano, (Colombia), Doctor Octavio Méndez (Panamá), Dr. Arroyo Lameda (Venezuela), Sr. V. Echeverría (Chile), Sr. O. V. Salomón (Perú), Dr. Deheza (Bolivia), Sr. E. L. Andrade (Ecuador), Dr. F. Klappenbach (Argentina); el Capitán Joyce, Mr. Mitchel-Hedges, Dr. Gann (conocidos exploradores). Lord Askwith, Dr. Henry Thomas, Sir Donald Mc Allister, Dr. Antonio R. Pastor etc. etc. y Catedráticos de las Universidades de España, Inglaterra y de la América Española han dejado gratas impresiones de sus disertaciones eruditas.

La ***Anglo-Spanish Society*** desarrolla dentro de la sede del Centro de España una labor cultural paralela. Es esta una importante agrupación de ilustres personalidades inglesas y españolas bajo la Presidencia del Embajador de España, Marqués de Merry del Val. Se han celebrado exposiciones de las obras de pintores españoles en los locales del Centro merced a lo cual, Sancha, los hermanos Arrue. Valle, Marín, Maeztu, Moreno y otros artistas han alcanzado grandes éxitos. Lo mismo dígase en cuanto a los músicos y compositores españoles como Manuel de Falla, Joaquín Nin, Antonio Sala, Pujol y otros aplaudidos artistas.

Entre los seiscientos socios con que cuenta el Centro figuran algunos de alto rango como el Duque de Alba, el Duque de Arión, Marqués de Bendaña, Marqués de Pons, el Conde de Godó, etc. Socios Honorarios son el Rey de España, el Embajador de España, los Embajadores, Ministros y Cónsules en Londres de las Repúblicas de la América Española. De los ingleses, Sir Arthur Hardinge, Sir Maurice de Bunsen, Ilmo. Sr. Pedro E. Amigo (Obispo de Southwark), etc.

He aquí los rasgos salientes de la obra de hispano-americanismo del Centro Español que conviene señalarlos cuando empieza a engalanarse Londres para recibir a millares de visitantes para la *season*.

Tomás Baldasano

Londres. Abril 1930.

La dirección del Centro Español es: 5 Cavendish Square.—London. W 1.

Cántica de la serrana...

(Viene de la página 48.)

«de estaño, e fartas,
«e dame halía (1)
«de buena valía,
«pelleja delgada.
«E dam buena toca, (2)
«listada de cota,
«e dame zapatas,
«de cuello bien altas,
«de pieza labrada.
«Con aquestas joyas,
«quiero que lo oyas,
«serás mi marido
«e yo tu velada (3)*».—*
«Serrana señora,
«tant algo (4) *agora*
«Non trai por ventura,
«mas faré fiadura

(1) Alhaja.
(2) Pañuelo de la cabeza.
(3) Esposa.
(4) Bienes.

«para la tornada. (1)*».—*
Díjome la hedo: (2)
«Do non hay moneda,
«non hay merchandía,
«nin hay tan buen día,
«nin cara pagada. (3)
«Non hay mercadero
«bue[illegible] dinero,
«e yo n[illegible] me pago
«del que non da algo,
«nin le dó posada.
«Nunca de homenaje
«pagan hostalaje: (4)
«por dineros face
«home cuanto place,
«cosa es probada».

(1) La vuelta.
(2) La fea.
(3) Contenta.
(4) Hospedaje

(De *El Libro de Buen Amor*. Edición de Alfonso Reyes. CALLEJA. 1926. Madrid.)

La Estimación Extranjera

(En el No. 16, año 44 (Agosto 16 de 1930) de Die Christliche Welt (Gotha), G. H. Reuendorff alude a nuestro semanario en estos términos:

Quisiera mencionar todavía otra publicación indoamericana, la revista semanal *Repertorio Americano* (Edición Imprenta Alsina), que aparece en San José, ya que en ella se expresa muy claramente la oposición aguda entre el mundo latinoamericano y los Estados Unidos de América. Los pequeños estados de la América Central viven en una preocupación continua de ser tragados un día por la Unión poderosa.

Von andern indoamerikanischen Blättern möchte ich noch das in San José (Costa Rica) erscheinende Wochenblatt «Repertorio Americano» (Verlag Imprenta Alsina) erwähnen, da in ihm die scharfe Gegensätslichkeit zwischen der lateinamerikanischen Staaten leben in dauernder Besorgnis, eines Tages von der gewaltigen Union verschluckt zu werden.

¿En qué quedamos?

—Les confieso, señores, que ustedes me tienen con tánta cabeza a causa de algunas inconsecuencias que vengo observando en la manera como emplean el adjetivo *americano* respecto de los Estados Unidos de América. Don Aníbal de Montemar nos dice y repite que ansía

regresar a América, como si no estuviera en América; de suerte que para él la palabra *americano* equivale al adjetivo *yanqui* o ciudadano de la gran república. Don Luciano ha dicho también y repetido que americano es el habitante de la América toda y que por eso mismo tan americano es un yanqui como un canadiense, un mejicano, un antillano o un ciudadano de cualquiera de las repúblicas del Centro o del Sur de América. Otros para evitar el equívoco distinguen al ciudadano de los Estados Unidos con el gentilicio *estadinense* o con los nombres *angloamericano* o *norteamericano*. Y el señor Pulgar, a despecho de defender el significado histórico y hasta jurídico del nombre que nos ocupa, no deja de decir la *Unión Americana* hablando de la república de los Estados Unidos. ¿En qué quedamos?

—... así como hay libros afortunados, así hay palabras que tienen sino, una de las cuales es el nombre de América, tergiversado desde un principio, y ahora mismo mal usado a veces ante la geografía y ante el derecho. Aplicarlo a una sola de las naciones en que se divide este hemisferio, por grande y poblada que ella sea, es como si los boyacenses pretendieran llamarse colombianos por ocupar una parte de Colombia. Eso desvirtuaría, además, en su obvio sentido la doctrina de Monroe «América para los americanos», porque entonces ella equivaldría a «América para los estadounidenses» Este gentilicio convendría, aunque su uso es incómodo a causa de pronunciarse con dificultad. *Angloamericano* estrictamente comprende también todas las posesiones inglesas en América, como Canadá y algunas Antillas. *Norteamericano* abarca todos los pueblos de la América del Norte. *Yanqui* está en el diccionario oficial castellano y en el de Webster, que explica su origen; pero tiene en la historia cierto ribete odioso por ser denominación cuasi política allá en los Estados Unidos. La *Unión Americana* talvez sí puede decirse, por ser ella por excelencia la gran Confederación existente en América, si bien ahora el Brasil, la Argentina y Méjico pudieran demandar análogos nombres.

En fin, no digamos *americano* para significar el ciudadano de la gran república, el *american citizen* de hoy, el *civis romanus* de antaño. Digamos *angloamericano*, como han dicho Miguel Samper y Joaquín Posada. (1)

Marco Fidel Suárez.

(Sueños de Luciano Pulgar, Tomo III)

(1) Se va generalizando tambien el gentilicio usado en este caso por Sanin Cano: *saxoamericano*. (N. del E. del *Rep. Am.*)

El obispo de Vitoria llama desgraciado a Víctor Hugo

El obispo de Vitoria ha publicado un folleto, en el que se contienen las cartas cruzadas con el Sr. Ostolaza, que en Deva sostiene una escuela y una biblioteca, como preparación de los hijos del pueblo para la lucha por la vida. El obispo insiste en que los libros de dicha biblioteca son «pasto venenoso»; y cita como muestra: *El origen de las especies*, de Darwin; *El negro que tenía el alma blanca*, de Insúa; las obras de Blasco Ibáñez, a quien llama «sectario, naturalista, artificioso, antiestético y pesado, en muchas ocasiones». También alude a *Los miserables* y *Nuestra Señora de París*, del «desgraciado Víctor Hugo, falseador de la Historia y calumniador de la virtud, para mejor tejer sus inmundas novelas». Censura así mismo las doctrinas abiertamente inmorales de Jiménez Asúa y Marañón; las obscenísimas y por demás deshonestas novelas de Dumas y «los pasajes provocativos» de *El hombre que ríe*.

Don Pío Baroja y el obispo de Vitoria

Con referencia a la biblioteca y escuela instituídas por el Sr. Ostolaza en su pueblo natal, Deva, como centro de preparación de los hijos de aquel pueblo para la lucha por la vida en América, y como contestación al folleto que sobre este asunto publicó recientemente el obispo de la diócesis, doctor Múgica, a su vez Pío Baroja ha publicado una carta que dice lo siguiente:

«He leído en *El Pueblo Vasco* una explicación del Sr. D. Mateo Múgica acerca de los motivos que tiene para reprobar los libros de la biblioteca-escuela del Sr. Ostolaza. de Deva, y me ha parecido tan absurda, indicadora de una ignorancia tan perfecta, que me impulsa a protestar.

El Sr. Múgica mezcla en su reprobación los libros más dispares. Habla al mismo tiempo de Blasco Ibáñez, que no es gran cosa, y de Víctor Hugo, que ha llenado un siglo; de Insúa y de Jiménez Asúa, escritores apreciables, y de Darwin, que es el titán de la biología moderna.

El señor Múgica, como la mayoría de los católicos españoles, no lee a los enemigos, pero los juzga. El Sr. Múgica no tiene ni aproximadamente una idea de la perspectiva mental de los que no comulgan con él. El Sr. Múgica habla de Darwin. ¿Para qué, si no lo ha leído? Si lo leyera, probablemente no sacaría más de lo que pudo sacar el negro del sermón. El señor Múgica habla también de las inmundas novelas de Víctor Hugo, lo cual es una sencilla estupidez. Lo único que la legitima es que el Sr. Múgica tampoco ha leído los libros de Víctor Hugo.

No habrá en el clero católico del mundo, fuera de España, empezando por el Papa, no ya un obispo, ni un cura, que dé este calificativo a las obras del poeta francés. El mismo don Arturo Campión, que es un reaccionario de tomo y lomo, decía de Víctor Hugo a su muerte, que Dios le habría perdonado, pensando, como creen los católicos y los mandingos, que Dios es algo así como un juez de primera instancia o un capitán de la Guardia civil. Los que hemos leído a Víctor Hugo años y años sabemos lo que era: poeta verbal extraordinario, estilista admirable, retórico genial, poco psicólogo, poco profundo, amigo de contrastes, hombre que daba a todo proporciones grandiosas, al amigo y al enemigo; pero ¿inmundo?... ¿De dónde? ¿Cuándo?.

Lo inmundo es asegurar que las niñas de siete y ocho años no pueden entrar con los brazos desnudos en las iglesias, porque son un incentivo a la sensualidad de los hombres; eso sí que es inmundo y manifiesta el repugnante erotismo del seminario; lo inmundo es trabajar siempre por el poderoso y por el rico teniendo en los labios el nombre del Crucificado. Y es inmundo también para la cultura condenar lo que no se conoce, sea uno obispo o sacristán.

Pío Baroja

(De *El Sol*. Madrid).



Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica